

Año VI. • Tomo VI.

Madrid, 1.º Marzo 1904.

Núm. 137.

La Revista

Blanca.

PUBLICACION QUINCENAL DE
SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

SUMARIO

Herberto Spencer, Pedro Kropotkine - Romancero revolucionario de Armand Vasseur, A. - Elias Reclús, Raoul Aubry. - Crónica de Arte y de Sociología, J. Pérez Jorba. - El castillo maldito (continuación), Federico Urales. Valor social de leyes y autoridades (continuación), Pedro Dorado. - Crónica científica, Tarrida del Marmol. - El arte dramático en España, Angel Canillera

ADMINISTRACION

1, CRISTOBAL BORDIU, 1

MADRID

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI-T.º VI-N.º 137

Administración: Cristóbal Bordiu, I, Madrid

1.º de Marzo de 1904

HERBERTO SPENCER

SU FILOSOFIA

III

Dejando a un lado el error referente á lo incognoscible, del que ya nos hemos ocupado en el capítulo anterior, la filosofía de Spencer permite que nos demos cuenta de toda la serie de fenómenos físicos, biológicos, psíquicos, históricos y morales, ateniéndonos siempre al mismo método científico inductivo.

Al leer sus obras, veréis cómo todos esos hechos, tan variados y que constituyen parte de ciencias tan diversas, se encadenan; cómo todos ellos, son manifestaciones de las mismas fuerzas físicas, y cómo se les comprende y juzga, siguiendo siempre los mismos métodos de razonamiento como si fuesen hechos físicos.

¿Se sigue de esto que los juicios deducidos por Spencer conforme á este método sean justos y verdaderos? ¿Que haya aplicado siempre perfectamente el buen método? Seguramente, no. Sea en un libro de Spencer ó de otro pensador cualquiera, siempre lo que hemos de ver ante nuestra razón es si el autor deduce justamente, y si permanece siempre fiel á su método. Y aquí es donde el método científico aparece bajo su mejor aspecto.

El fuerza al autor á exponer sus hechos y sus razonamientos de tal modo, que podéis juzgarle vosotros mismos. No es un dios el que halla, es un igual vuestro que razona y que os invita á hacerlo.

Así, en tanto que Spencer razona física, química, biológica y aun psicológicamente (es decir, sobre nuestras emociones, modo de sentir, de pensar y de obrar), sus conclusiones son casi siempre correctas; pero cuando llega á la sociología y á la moral social, sigue otro camino distinto.

Hasta ese momento *busca*, y encuentra. Pero desde este punto, á partir de sus primeros pasos, se siente que *tiene ideas completamente hechas*; las ideas del radicalismo burgués que desenvolvió desde 1850 en su *Estática social*, antes de haber comenzado á elaborar su sistema filosófico. Y todavía revisó después esas ideas en un sentido más burgués.

Es evidente que en cada estudio científico cada uno tiene ya desde el principio alguna suposición, una hipótesis que va á examinar para aprobarla ó rechazarla. Así, en las mismas ciencias naturales ocurre apasionarse por la propia hipótesis, aun cuando los demás vean claramente sus defectos.

Esto es más perjudicial cuando se trata de la vida de las sociedades. En ese terreno, cada uno se pone á trabajar teniendo ya un *ideal* de sociedad. Se pone de la vida y de la propia experiencia el modo de juzgar á los privilegiados por la fortuna ó el nacimiento; se establece una medida para las divisiones de la sociedad, bajo mil influencias por parte

del medio. Y cómo las ciencias que tratan de los hechos sociales están todavía en su infancia, y Spencer ha sido realmente el primero en aplicar un método científico á los hechos sociales, es completamente natural que no haya sabido sacudir de sus ideas las influencias burguesas del medio.

Así sucede constantemente que choquen las conclusiones de Spencer. Tanto como se admirán sus sugerencias en los *Principios de Biología*, extrañan sus miras estrechas, por ejemplo, cuando habla de las relaciones entre el trabajo y el capital en la sociedad.

Así, para no citar más que un ejemplo, muy importante, desde luego, Spencer fué educado en la idea burguesa y religiosa de la *justa retribución*. Habéis obrado mal, se os castigará. Habéis sido un ingeniero aplicado, vuestro patrón añadirá un schelling por semana á vuestro salario... Spencer lo cree al menos. Y he aquí cómo este principio de *justa retribución* llega á ser para él una ley natural.

En lo que concierne á los niños, á los adultos, antes que hayan aprendido á nutrirse á sí mismos, la retribución en una especie animal no será, dice él, proporcionada á los esfuerzos; eso es inevitable. Pero «entre los adultos deberá haber conformidad con la ley, según la cual los beneficios recibidos serán proporcionales á los méritos que cada uno posea; los méritos están medidos por la facultad de mantenerse á sí mismo».

Y más adelante: «Tales son las leyes del mantenimiento de las especies; y si admitimos que la preservación de tal especie es conveniente, síguese la obligación de conformarse con esas leyes, que podremos designar, según el caso, como semiéticas ó éticas.» (*Justicia*, p. 4.)

Como se ve, todo ese lenguaje, con su idea de retribución, de ley, de obligación, no es el de un naturalista. No es un observador de la naturaleza el que habla, es un legista, un escritor de economía política que hace moral.

Pero la explicación de este hecho, es ésta: Spencer conoce el socialismo. Lo repudia diciendo que si cada uno no es retribuido estrictamente según sus obras y sus méritos, eso sería la muerte de la sociedad. Y para probar este principio, inatacable á sus ojos, trata de constituirlos en una ley natural, lo que le fuerza á abandonar por un momento el método científico, y esto es lo que hace que observemos en seguida su error.

La ciencia de las sociedades, la Sociología moderna no se contenta sólo con exponer de una manera cierta «las leyes del espíritu» como hacen los hegelianos. Desde Comte estudia las diversas etapas atravesadas por la humanidad, desde los salvajes de la edad de piedra á nuestros días, y así descubre en nuestras instituciones modernas una gran masa de supervivencias, de instituciones que datan de la edad de piedra. Nuestras religiones, nuestros códigos, nuestras costumbres sobre los muertos, las grandes fiestas anuales, nuestras ceremonias, están llenas de ésto. Y estudiando la *evolución*, el desenvolvimiento gradual de las instituciones y supersticiones es como se comprende, digamos la palabra, á menospreciar nuestras instituciones legales, estatistas, religiosas, etc., así como á comprender y á adivinar el desenvolvimiento futuro de nuestras sociedades.

Spencer ha hecho este trabajo, pero con esa falta de comprensión de otras instituciones que existen fuera de Inglaterra, que caracteriza á la mayor parte de los ingleses. Viajó muy poco. Estuvo una vez en los Estados Unidos y otra en Italia, donde se halló mal fuera de su medio habitualmente inglés. Jamás comprendió así el espíritu de las instituciones de los pueblos de civilizaciones.

Por esto es por lo que encontramos constantemente en su Sociología y en su Ética,

afirmaciones absolutamente falsas, ya trate de interpretar las costumbres antiguas, ya cuando trata de levantar el velo de lo porvenir.

IV

Si el comunista anarquista tiene el derecho de hacer á Spencer los reproches que hemos formulado anteriormente, es preciso decir, sin embargo, que sus concesiones sociológicas y éticas (moral societaria) son mucho más avanzadas que todas las que se hallan en las teorías estadísticas de la sociedad hechas hasta ahora por todos los escritores del campo burgués.

Lo que deduce de su sabio análisis, es que las sociedades civilizadas marchan hacia una completa emancipación de todas las servidumbres teocráticas, gubernamentales y militares que existen al presente entre nosotros.

Tanto, que se puede prever el porvenir estudiando el pasado; las sociedades caminan hacia una condición, en la que el espíritu batallador y agresivo, así como la estructura militar que caracteriza la infancia de las sociedades, ceden su puesto al espíritu industrial y á una organización basada sobre la reciprocidad y la cooperación voluntaria. Estas, á su vez, á medida que las antiguas instituciones guerreras—realeza, nobleza, ejército, Estado—desaparezcan más y más, harán engrandecer el espíritu altruista y comunal. Si bien, y aquí Spencer está con los anarquistas, la sociedad llegará á un estado en el que sin presión alguna de fuera, en virtud de hábitos sociales establecidos, las acciones de cada uno no tendrán por fin servir á los demás, pero contribuirán, por lo contrario, á aumentar el bien general y á garantizar la independencia de cada uno.

Allí, donde todos los teóricos estadistas predicán disciplina, subordinación, concentración estatista, Spencer prevé la abolición del Estado, la emancipación del individuo, la libertad completa. Y aunque burgués, individualista también, no se detiene por esta etapa de *individualismo*, que es el ideal de la burguesía actual: ve la *cooperación libre* (lo que nosotros llamamos la *libre concurrencia comunista*) extendiéndose á todas las ramas de la actividad humana y dirigiendo á la sociedad *al perfecto desenvolvimiento de la personalidad humana*, con todos sus rasgos personales, individuales. A la *individualización*, como dice Spencer.



Siendo la tierra propiedad común y yendo todo su producto á la sociedad, no al individuo, no habrá necesidad, piensa Spencer, y en eso evidentemente se engaña, de tocar á la propiedad individual en el terreno de la industria. La cooperación inteligente bastará. Es preciso observar únicamente que por cooperación, Spencer no entiende esas compañías de accionistas del cuarto estado, que hoy se llaman cooperación. El comprende todos los esfuerzos combinados de los individuos, ya para producir en común, ya para consumir, sin esas ideas de provecho y de explotación para los accionistas, que son la esencia de las cooperaciones actuales. El ve lo que entre anarquistas se denomina «un medio libre».

Esa será una sociedad, dice, «en la que la vida individual se llevará á su mayor extensión posible, compatible con la vida en sociedades, y la vida en sociedades no tendrá otro objeto que mantener la esfera más completa de la vida individual». Llegaría así hasta la *libre concurrencia comunista*, cuyo fin debe ser el más amplio desenvolvimiento de la *vida individual*—la más alta *individualización*, como dice él, en oposición al *individualismo*—comprendiendo por individualización el más completo desenvolvimiento de todas las facultades de cada uno, y no el individualismo estúpido del burgués, que predica cada uno para sí y Dios para todos.

Únicamente, burgués de verdad, Spencer distingue en todas partes el espectro del «perezoso» que no trabajará si su existencia está garantizada en una sociedad comunista, ve en todos los sitios el *lapper* (el golfo) tiritando a la puerta de un club esperando al burgués para abrirle la puerta del carruaje y pedirle una pieza de diez céntimos!

Restrégase uno frecuentemente los ojos leyendo a Spencer y se pregunta si es ese hombre tan inteligente el que lanza semejantes salidas contra los desharrapados ó el que gruñe contra la obligación de dar un ejemplar de sus obras a la Biblioteca gratuita del British Museum, ó bien contra la educación gratuita para todos...

El espíritu limitado del burgués reaparece también en medio de las más altas concepciones, y en eso Spencer tiene una sorprendente comunidad con Fourier, que, también hombre de genio, tenía sus recuerdos de tendero en sus mejores momentos. No nos olvidamos tampoco de los colectivistas que tienen el mismo miedo a los «perezosos», velado únicamente por palabras y fórmulas.

*
*
*

Pero modificad las conclusiones de Spencer allí donde peca con demasiada evidencia contra lo que nos enseña el estudio de los hombres. Profundizad su observación la más burguesa para desentrañar el verdadero motivo, que será siempre el odio de toda imposición sobre la plena y completa libertad del hombre, el deseo de provocar la mayor suma de iniciativa, de libertad y confianza en sus fuerzas. Corregid el sistema allí donde Spencer no profundiza bastante las consecuencias del capitalismo moderno. Buscad la verdadera palabra de su respeto a la propiedad, que será siempre, como en Proudhon, el odio al Estado y el temor al convento y al cuartel. Hechas estas correcciones, y esta es la ventaja y la belleza de toda indagación inductiva, científica, que sus errores pueden corregirse sin destrozar el conjunto, encontraréis en Spencer un sistema social que se parece muchísimo al de los comunistas anarquistas.

Si los anarquistas individualistas, como Tucker, han aceptado a Spencer tal como es, con su individualismo burgués para la propiedad industrial y con su «retribución» burguesa, han aceptado más la letra de su sistema que su espíritu. Porque bastaría con hacer las correcciones a que nos autoriza Spencer mismo, introduciendo su cooperatismo voluntario y su ataque a la apropiación individual del suelo, para llegar a nuestras conclusiones. Esto es lo que se ha confirmado con disgusto por muchos periódicos ingleses en los artículos necrológicos consagrados a Spencer.

*
*
*

Hasta ahora, en todas las teorías de la sociedad que nos han presentado los filósofos, el individuo estaba sacrificado al Estado. Comte, Kant y muchos otros han caído en el mismo error, y los metafísicos alemanes se han encariñado con una feroz adoración al Estado.

El sistema de Spencer es el primero que, de una parte, se libera de toda superstición religiosa, de toda superestructura metafísica, y de otra afirma y enaltece la soberanía del individuo. El Estado no priva ya como fin de la evolución humana (estilo alemán). Es, al contrario, el individuo el que está colocado en primer término y él es el que escogerá su sociedad; él determinará hasta qué grado querrá darse a esa sociedad.

Es la demasiada sumisión al rebaño lo que hay que combatir en el hombre, nos enseña Spencer, antes que su independencia. Todas las religiones y todos los sistemas sociales han venido combatiendo precisamente el espíritu de independencia por miedo a las revueltas.

Desgraciadamente, aquí Spencer no permanece fiel a sí mismo. Hace una afirmación

revolucionaria, y se apresura á endulzarla, ofreciéndola como un compromiso. Y una vez que se dirige por ese camino, está forzado á ir de una concesión á otra comprometiendo toda su obra.

Después de haber dado el título insolente de *El individuo contra el Estado* á una de las partes de su *Sociología*, admite, sin embargo, el papel negativo conservador del Estado. Así el Estado no deberá emplear la riqueza pública en una biblioteca nacional, no fundará universidades: estas cosas no son de asunto. Pero velará por la protección de los individuos, de los unos contra los otros. Protegerá los derechos de los propietarios. Y como son precisos jueces para explicar las leyes, charlatanes elegidos—perdón, representantes—para hacerlas y universidades para enseñar el arte de las leyes, el arte de embriutecer y rebajar á las gentes, he aquí cómo por el hilo del ovillo llega Spencer á reconstruir el Estado en sus más malas funciones, hasta la prisión y la guillotina perfeccionada.

En una y en otra parte le falta audacia. El *justo medio* le detiene. Quizá se sentía enojado por la falta de conocimientos, porque esbozó su filosofía en una época en la que su saber era aún bastante limitado, y toda su existencia la pasó disgustado por su ignorancia de otras lenguas que el inglés. ¿O bien estaba en su naturaleza y en su educación el no permitirle tomar el vuelo que un filósofo de su inmensa inteligencia debió emprender? ¿Fue, acaso, la influencia de ese medio inglés, siempre «centro izquierda» y jamás «montaña»? Su autobiografía, que va á ser publicada, quizá nos lo diga.

•••

He aquí un corto esbozo de los rasgos distintivos de Spencer:

Crear una filosofía *sintética*—que es un resumen de todo el conjunto de conocimientos humanos, y que da una explicación matemática de todos los hechos de la naturaleza, así como de la vida intelectual del hombre y de las sociedades—es una obra inmensa, y Spencer la ha llevado á cabo.

Pero, reconociendo completamente el servicio que ha prestado, sería falso dejarse llevar por nuestra admiración hasta creer que la obra contiene realmente los últimos resultados de las ciencias y del método inductivo aplicado al hombre. La idea madre de esta obra es justa. Pero en sus aplicaciones ha sido viciada muchas veces por causas diversas. Unas han sido indicadas ya; otras, tales como el método vicioso de las analogías, y sobre todo, la exageración de la lucha por la existencia entre individuos de la misma especie y la poca atención concedida al mutuo auxilio—otro principio de la naturaleza—han sido mencionadas en el opúsculo *La ciencia moderna y la Anarquía*, que conocen mis lectores.

No podemos aceptar todas las conclusiones de Spencer. Debemos corregir todavía la mayor parte de la *Sociología*, como ha hecho un escritor ruso, Mikailovsky, sobre un punto fundamental, la teoría del progreso. Aquí debemos permanecer más fieles al método científico; allí debemos desembarazarnos de todos los prejuicios, ó bien hacer un estudio más profundo de tal grupo de hechos.

Pero por encima de todo eso queda un hecho de la más alta importancia, probado por Spencer:

En el momento que se trata de construir una filosofía sintética del universo, comprendiendo la vida de las sociedades, se llega necesariamente no sólo á la negación de un dios creador que gobierna el universo, no solamente á la negación del alma inmortal ó de una fuerza vital especial, sino que se llega á derribar ese otro fetiche: el Estado, el gobierno del hombre por el hombre. Se llega, en lo que concierne al porvenir de las sociedades civilizadas, á prever la Anarquía.

En este sentido Herberto Spencer ha contribuido inmensamente, porque la filosofía del siglo en que entramos ha sido anarquista.

Pedro Xropotkine.

ROMANERO REVOLUCIONARIO DE ARMAND VASSEUR

EL ROMANCE DE LOS DISANGELIOS

A MARIO RAPISARDI

Póstuma,

..... Había
una vez, un Universo!..
y en uno de sus abismos
—como vertiente de fuego—
serpeaba una vía láctea
con tenue claror de ensueño!..

—
Y entre las constelaciones
de aquella vía de incienso
—errantes en lo infinito
del insondado misterio—
había una extraviada
cabe la vía de ensueño!..

—
Y entre los varios sistemas
planetarios de aquel reino
como todos, discurría,
el ido sistema nuestro!..

—
Y hacia el núcleo del sistema
bajo el rojo sol de fuego
dócil á las mismas leyes
que sus hermanos sidéreos,
como mula de tahona
girando en círculo eterno
rodaba el orbe terráqueo
á la manera de un ebrio
cogido en el torbellino
de su propio movimiento!..

Las voces.

Del Eclesiaste.

Entre el polvo de los mundos
en el osario sidéreo,
en la loca trayectoria
del insondado misterio,

¿Qué fué de todo el sistema?
¿Qué del asteroide nuestro?..

—
(Hay como un doloroso silencio. A poco
la voz prosigue.)

—
¿Qué de las floras y faunas,
de las razas y los pueblos,
de los países del sol
y de los mares de hielo,
de las ciudades gloriosas
y de los vastos imperios;
de los dioses de sus cultos
y del culto de sus genios;
de las fecundas pasiones
y los estériles sueños,
de las olímpicas palmas
y de los laureles épicos,
de las triunfales conquistas,
de las razas y saqueos,
de las gozosas matanzas
y del captar prisioneros;
de los rebaños de esclavos
y del traficar de siervos,
de los osarios pirámides
y los viaductos sangrientos;
de las «urbes» formidables
que á la larga construyeron,
de las civilizaciones
que albergaron en su seno;
de los altos ideales
que los humanos tuvieron:
Fe, Arte, Trabajo y Ciencia,
ritmo y luz, caricia y eco
del sentir y del querer?
¿En qué forma inmarcesible,
tras de qué inmortal aspecto
florece aún su sapiencia,

palpita quizá su genio?
 ¿Qué fué de la humanidad?
 ¿De la obra de su esfuerzo?
 ¿De su trajinar penoso?
 ¿De todos sus vanos juegos?

.....

 (Vuelve á hacerse el doloroso silencio.
 Luego la voz se repite como con una frui-
 ción siniestra.)

..... *Habla*
una vez... un... Universo!..

..... *Habla*
una vez... un... Universo!..

De Ahasverus.

(Con la ingenuidad grandiosa del primi-
 tivo.)

—Desecaron las marismas,
 fecundaron los desiertos,
 canalizaron los ríos,
 dominaron los océanos,
 rellenaron los abismos,
 reconquistaron los cielos,
 talaron selvas y bosques
 vencieron espacio y tiempo.
 Cubrieron los continentes
 de ciudades y de templos,
 iluminaron las noches;
 aclararon el misterio,
 con cálculos prodigiosos
 y geniales instrumentos;
 laborearon los metales,
 inventaron otros nuevos;
 fraguaron obras grandiosas,
 tuvieron sublimes éxitos;
 disminuyeron las plagas,
 resucitaron los muertos.
 Renovando la *edad de oro*,
 en dioses se convirtieron,
 hasta transformar el mundo
 en prestigioso Eliseo!

(La voz del Eclesiaste repite su fúnebre
 ritornello.)

..... *Habla*
una vez... un... Universo!..

..... *Habla*
una vez... un... Universo!..

—
 UNA VOZ DESCONOCIDA. (Acaso la de Bud-
 dha, Zoroastro, Confucio, Sócrates, de al-
 guno de los Cínicos ó Estoicos, ó la del pro-
 pio Jesús.)

—
 ¿La terrestre Humanidad
 tuvo humanidad de hecho?..
 ¿Superaron á las otras
 especies del Universo?
 ¿Amaestraron sus instintos?
 ¿Depuraron sus deseos?
 ¿Aplicaron sus potencias
 al mutuo mejoramiento?
 ¿Alguna vez practicaron
 la plenitud del derecho?
 ¿Realizaron la justicia
 en la vida de sus pueblos?
 ¿Alcanzaron la equidad
 ó la graduaron de sueño?
 ¿Fueron sanos, fueron fuertes
 fueron probos, fueron buenos?
 ¿En el sentir y el obrar
 hasta qué plano ascendieron?
 ¿Lograron emanciparse
 de los ritos fraudulentos,
 de las malsanas costumbres
 y de los usos logrerros?
 ¿Trazaron las tiranías
 de los déspotas soberbios,
 de las castas, de las clases
 y sus prejuicios protervos?
 ¿Se adueñaron de las cosas,
 suscitaron los sucesos,
 por la comprensión felice
 de causales y de efectos?
 ¿Vencieron al fatalismo
 hacia afuera y hacia adentro?
 ¿Afinaron sus sentidos?
 ¿Adquirieron otros nuevos?
 ¿Lograron sensacionarse
 y visionar algo inédito?
 ¿La esfera de su cultura
 Llegó á ubicuar su centro?
 ¿Fraguaron nuevos neuronas?

sin perturbar su intelecto?
 ¿En ellos, vibró la chispa
 de augustos descubrimientos?
 ¿Diz que transformaron todo,
 y se transformaron ellos?
 ¿Tras de domar la Natura
 domaron su propio Genio?...
 —

Pues en verdad yo os digo
 á guisa de tardo ejemplo:
 —Por si acaso rediviven
 en algún otro Universo,
 nuevos soles, nuevos mundos,
 nuevas faunas, nuevos pueblos,
 nuevas civilizaciones
 en la espiral del progreso...
*De nada sirviéles todo
 cuanto honraron, cuanto hicieron
 si no les volció mejores
 en obras y en sentimientos!..*
 —

(El anfiteatro de la Historia parece llenarse de remordimientos. Sombras dantescas, como en las perspectivas nórdicas le oscurecen y pasan... Pasan en fuga, perfilándose macabramente, á semejanza de los beduinos en los crepúsculos tempestuosos del desierto... Luego, las sombras se prosternan, se aplanan horizontalmente, como hundidas por el siroco del *Verbo*.)

(Son las sombras de las grandes categorías sociales: de los fallidos de la moral, práctica, de los bancarroteros del Ideal... Son las sombras de los ex-arquetipos de la civilización burguesa: guerreros, reyes, pontífices, políticos, industriales, agiotistas... ¡De todos los parásitos y comensales humanos!)
 —

¶ La voz de los siervos de las caravanas.

Nos habían desterrado
 á las marismas de cieno,
 tras de quemar nuestros ojos
 con enrojecidos hierros
 nos habían mutilado
 como fieras, en el sexo
 para acabar con la raza

de los fuertes y los buenos.
 Tronchándonos nuestras manos,
 arrancándonos los dedos,
 marcándonos en la frente
 con la marca de los réprobos,
 dejándonos para siempre
 desvalidos, indefensos!..
 —

Y todo, porque intentamos
 una alianza entre los siervos,
 una amorosa hermandad
 de vergonzantes y hambrientos,
 de cuantos desamparados
 vagaban por el desierto!
 Porque ¡audaces! cometemos
 el crimen de comprendernos,
 de ayudarnos, de servirnos,
 de amarnos y defendernos,
 y de aprender á dormir
 con ambos ojos abiertos!..

Nos habían desterrado
 á las marismas de cieno,
 tras de quemar nuestros ojos
 y mutilarnos el sexo.
 Así pasaron las noches,
 así pasaron los tiempos
 y grupos de fugitivos,
 de rebeldes, de libertos,
 dejaron las caravanas
 de raptos, de negreros,
 y en busca de sus hermanos
 llegaron á nuestro seno!..
 —

Así las generaciones
 prohibidas se sucedieron
 en el cieno procreadas
 y alumbradas en el cieno;
 fuera de las capitales
 que sus padres construyeron
 en los oasis amados
 de las fieras del desierto;
 lejos del aire ancestral,
 de sus soles y sus cielos!
 —

Errabundas, chapaleando
 en el tremedal inmenso,

tropezando en las tinieblas
con miriadas de esqueletos
de los padres, de las madres,
de todos cuantos murieron
sin ver la sublime aurora
de los triunfales regresos,
ni el sol aún más sublime
del inmortal escarmiento!

Errabundos, chapaleando
como manadas de puercos,
las energías chupadas
cual, por tentáculos fétidos,
sin escuchar más rumores
que el graznido de los cuervos,
y el cauteloso sesgear
de los chirriantes murciélagos,
el escurrirse y zampar
de los engendros del cieno,
y el cobarde suspirar
de los noctámbulos presos
en los constrictores limos
del tremedal cementerio;
y las rugientes blasfemias
de los locos y los ebrios,
y los ayes de las hembras
y el jadear de los enfermos.

Todo el sucio pesimismo
de los miserandos éxodos,
el clamoreo infernal
de los desterrados pueblos,
que chupaba, como esponja,
la gran noche del desierto!

(La voz ya familiar lanza desde lo inefable un fúnebre pregón.)

..... Habla
una vez... un... Universo!
..... Habla
una vez... un... Universo!

La voz de los Emancipadores.

Dejamos las caravanas
de traficantes de pueblos,
y las ciudades fastuosas
del fraude y el privilegio,

de las falsas jerarquías,
del ocio y sus vanos sueños.

Los hijos aherrrojados
de los ilotas del cieno,
desgarráronnos las fibras
sensibles de nuestros pechos
con el tremendo relato
de los horrores paternos.

Fuimos á mezclar la sangre
heroica de aquestes cuerpos
con la emponzoñada sangre
de las hijas de los siervos.

Para engendrar una estirpe
de libertadores férreos,
con alma de iconoclastas
y tesón de misioneros.

Para que reconquistaran
la posesión del desierto,
las ciudades, los oasis,
aire y agua, pan y sueño!

Para que derribaran
—hasta nivelar el suelo—
las milenarias pirámides
que respetaron los vientos:

Pirámides que la raza
de los esclavos hicieron,
rodando, hombro con hombro,
sus pedruscos gigantescos,
hasta llenar con sus moles
la inmensidad de los cielos.
Pirámides carcomidas
por la garra de los tiempos,
llenas de gloria por fuera,
de podre y momias por dentro,

Fuimos á mezclar la sangre
heroica de nuestros cuerpos,
con la envilecida sangre
de las hijas del desierto.

Engendramos una raza
de gladiadores espléndidos,

terribles, como leopardos
y fuertes como camellos.

Todos juntos en la noche
preparamos el regreso,
desechando las marismas,
solidificando el cieno,
laboreando las conciencias,
marcando los derroteros!

¡Cuántas veces recorrimos
los fangales del desierto,
tropezando en las tinieblas
con miriadas de esqueletos!
¡Cuántas veces recorrimos
el tremedal cementerio
donde yacían algunos
encharcados hasta el pecho,
hasta las rodillas otros,
muchísimos hasta el cuello,
¡y tantos hasta los ojos,
hasta los mismos cabellos!...
Y los más, ya sumergidos
para siempre, bajo el cieno.

(Las Sombras gesticulan supremos conjuros. Hundidas en el polvo, husmean el aire revolucionario. Huelen la tempestad que se avecina. Es el momento del ¡Salvese quien pueda! Pero ninguna de ellas parece poder, querer ni saber hacerlo.)

(La voz, ya familiar, lanza desde lo inefable su fúnebre pregón:)

..... Habla
una vez... un... Universo!..

..... Habla
una vez... un... Universo!..

La canción del Regreso.

(Cantan los Emancipadores.)

Del otro lado del Mundo
quizá no haya tanto cieno,
del lado de las Pirámides
y los oasis ubérrimos.

Iremos á ese otro Mundo,
aunque se nos caiga el cielo,

al resplandor de los rayos
y al redoblar de los truenos.

Haremos una calzada
á lo largo del desierto,
hasta encontrar tierras firmes
de tibio y fecundo seno.

¡Vía crucis, vía trágica
de zarzales y esqueletos,
de lágrimas corrosivas
y de sudores sangrientos!...

(Hay un momento sublime de silencio. Luego, toda la canalla, como una masa coral inmensa, acompaña el canto de los emancipadores en un *crescendo* delirante, verdaderamente *resurreccional*.)

Haremos picas de fémures
y jabalinas de huesos,
hondas de humanos tendones,
y piedras de cráneos yertos,
y dardos emponzoñados
con *curaré* de sus sesos.

Llegaremos á la orilla
del río de sangre y fuego...
que circunda á las ciudades
y á los oasis ubérrimos,
y haremos un subterráneo
bajo el río... y pasaremos.

¡Oh, libertos de la gleba,
entrañables compañeros!
¿Cuándo apuntará la aurora
de los rojos disangelios,
tras del feroz guerrear
de los grandes entreveros?..

¿Cuándo habremos de abrazarnos
sobre los escombros viejos,
en la solidaridad
del Amor y del Derecho?

¡Derribadas las Pirámides,
secundados los desiertos,

las mentes ascensionadas
y ennoblecidos los pechos,
todos uno y uno todos
en el gran Todo Universo?

(Las Sombras de los grandes fallidos tienen como un erizamiento de cabellos. Han sentido pasar el *escalforio de Job*. Cada categoría de arquetipos parece rebuscar sus instrumentos ó atributos profesionales. Los guerreros, sus armas; los emperadores, sus cetros; los pontífices, sus tiaras; los políticos, sus gestos; industriales, mercadores, agiotistas, *fariseos y publicanos* de la sinagoga burguesa, el fruto de los sudores... ajenos. Todos hacen como que empollan sus riquezas; se abrazan á sus privilegios, en vías de ser dispersados por el siroco del *Verbo revolucionario*... Miran horrorizados hacia los rojos horizontes donde aún se yerguen las viejas Pirámides de su «civilización»: *Propiedad privada, Monogamia indisoluble, Estado y cultos, logros e irracionales*... Y tiemblan por las Pirámides y por ellos. Tiemblan, porque sospechan que esta vez el *Verbo hecho Humanidad* no sólo será siroco ideológico, si que también terremoto económico social... ¿Si sólo viniera el siroco, las Pirámides continuarían intactas! Mas si tras el siroco sobreviene el terremoto... adiós, Pirámides, ¡adiós todo!... El *Verbo revolucionario*, hecho clase social, hecho Humanidad, está á punto de barrer el desierto de su «Civilización». Y algunas de las Sombras se interrogan: ¿Qué será de nuestras caravanas sociales sin sus Pirámides seculares?... ¿Qué será de nuestras Pirámides sin la idolatría de sus caravanas?)

(La voz, ya familiar, salmodia su fúnebre pregón):

..... Había
una vez... un... Universo!..
..... Había
una vez... un... Universo!...

La voz desconocida.

¿Realizaron la Justicia
aunque fuere á sangre y fuego?

¿Grabaron el arma blanca
en el alma de los pueblos,
como las dobles efigies
de los medallones regios,
ó las rúbricas fabriles
de los tajantes accros:
en el anverso: *Equidad*
y en el reverso: *Derecho*?

¿Trasmontaron las montañas
del odio y del privilegio
que, separando á los hombres,
desnivelaban los pueblos?
¿Volaron las fortalezas
y los castillos roqueros,
las cárceles y abadías,
los cuarteles y conventos,
las torres dominadoras
y los subterráneos negros?

¿Terraplenaron un día
con manos de satisfechos,
con lenguas de parlanchines,
con vísceras de negreros,
con cuantas literaturas
opiaron al pobre pueblo,
los mares de sangre humana,
los báratros del subsuelo,
donde el trágico gristú
sorprendía á los mineros
con explosiones de bombas
y llamaradas de incendio?

¿Derribaron los burdeles,
los arcópagos, los templos
y las mortuorias ergástulas
del *Dios* manufacturero?
Los iconos, las estatuas,
los símbolos, los trofeos,
los lábaros, las banderas,
los arcaicos monumentos,
las insignias anticuadas,
flora y fauna de museos?

¿Convirtieron en pavesas,
dispersaron á los vientos,
retornaron hacia el polvo

en *reverteris* supremo,
 todo el viejo ilusionismo
 de las clases y los gremios,
 de los «oficios divinos»
 y los oficios terrenos;
 de las vestes nobiliarias
 y los hábitos plebeyos;
 de minorías ociosas
 en gracia de vanos fueros,
 y jadeantes mayorías
 caritades del progreso!

(Hay una pequeña pausa, durante la cual
 el eco de la Voz ya familiar difunde su pre-
 gón ultraterrestre, como una enorme matra-
 ca de *viernes santo*.)

..... Había
 una vez... un... *Universo!*...
 Había
 una vez... un... *Universo!*

(La *Voz desconocida* prosigue su genial ca-
 ltilinaria:)

¡Ah, rebaños de la tierra,
 sumisos de todo tiempo,
 laborantes sudorosos
 bajo los arduos señuelos,
 lamedores de coturnos,
 escabeles polvorientos,
 acémilas resignadas,
 con vocación de corderos!

¡Y vosotros, criminógenos,
 arrastra-sables abyectos,
 canalla la más canalla
 entre la hez de los siervos,
 chusma degenerescente
 de todos los hemisferios,
 brazos venales de Marte,
 carnadas de mataderos!...

¿Hasta cuándo asesinasteis
 á los hombres, á los pueblos,
 por la fuerza, por la astucia,
 por ignorancia, por miedo,
 por la sugestión del mando,
 y la *angurria* del ascenso?

¿Hasta cuándo obedecisteis
 á los vampiros hambrientos,
 conquistándoles naciones
 trocadas en cementerios?

¿Hasta cuándo les vendisteis
 vuesta sangre, vuestro cuerpo,
 la vida de vuestros hijos,
 el honor de vuestros nietos?

¿Hasta cuándo, sin conciencia,
 sin alma, sin sentimientos,
 merodeando en lo podrido
 y custodiando lo muerto?...
 ¿Hasta cuándo, mercenarios?
 ¿Hasta cuándo, *mazorqueros*?

¿Alguna vez comprendisteis
 la infamia de tal empleo,
 tras de haberos comparado
 con gusanos cadavéricos?...

¿Alguna vez las campanas
 neumáticas de esos pechos
 sorbieron el aire libre
 que renueva á los libertos?

Vuestros corazones broncos
 como badajos de hierro,
 perennemente doblando
 su lento toque de muertos,
 ¿nunca jamás repicaron
 su propio renacimiento?

¿Alguna vez, redimidos
 de sus legendarios yerros,
 trocáronse para siempre
 en tonantes campaneros
 de la *Causa Humanitaria*
 y los rojos *Disangelios*?

(En el silencio de lo inefable pasa una vi-
 sión: la tempestad del *Verbo* revolucionario
 ha barrido el desierto de la «civilización»
 burguesa. Las grandes Sombras han desapa-
 recido. El terremoto del *Verbo* hecho clase

social, hecho humanidad, ha dado al traste con las viejas Pirámides institucionales *Propiedad privada, Monogamia indisoluble, Estado y cultos logreros*... Y pasan las nuevas caravanas sociales, llenando de cantos de trabajo, de amor y de solidaridad, la interminable peregrinación... El desierto ya no es tal. El acuerdo colectivo hale transformado en un incommensurable oasis, abierto a todos los seres conscientes de «buena voluntad».)

(Buen sol para las tierras nuevas del nuevo Mundo. ¡Buen tiempo! ¡Hasta cuándo!...)

(Hasta el próximo stroco de algún otro *Verbo* más ó menos selectivo, estimulante, ascensional!...)

(La voz desconocida prosigue su mortal interrogación.)

La terrestre humanidad,
¿Tuvo humanidad de hecho?
¿Fué ella quizá mejor
que otras del Universo?

¿Tras de domar la Natura
consiguió domar su genio?
Diz que transformaron todo,
¿y se transformaron ellos?...

Pues en verdad yo os digo
á guisa de tafdo ejemplo,
por si quizá rediviven
en algún otro Universo
nuevos soles, nuevos mundos
nuevas faunas, nuevos pueblos,
nuevas civilizaciones
en la espiral del progreso:—

*De nada sirviéles todo
cuanto honraren, cuanto hicieron,
si no les valió mejores
en obras y en sentimientos.*

Si jamás se emanciparon
del infer-hombre logrero,
trocandose en super-hombres
del mutuo mejoramiento.

Si nunca jamás lograron
la plenitud de sus sueños
de Libertad, de Justicia,
de Belleza, de Derecho.

La muerte de la Miseria
en la vida de los pueblos;
la apoteosis del trabajo
breve y fértil, sano y técnico;

La áurea solidaridad
en la acción y en el ensueño,
el acuerdo ascensional
de todos los intelectos;

El reinado de Utopía
cantado en los Disangelios.

(La Voz ya familiar, con una ironía sobrehumana, canturrea su pregón ultraterrestre:)

..... *Habia
una vez... un... Universo!*
..... *Habia
una vez... un... Universo!*

A.

Diciembre de 1903.

ELÍAS RECLÚS

Acaba de morir en Bruselas Elías Reclús. Fué catedrático de etnografía en la Universidad libre, donde su hermano enseñó á su vez geografía comparada. Elías y Elíseo puede decirse que no se separaban nunca. Rodeado de sus dos hermanos menores, Elíseo y Pablo, y de sus dos hijos, ha fallecido á las cinco de la mañana, sin sufrimiento alguno. Tenía setenta y siete años.

Elías era el mayor de la gran familia Reclús, y también el representante más absoluto de las doctrinas políticas y sociales avanzadas que los Reclús profesaron y profesan.

—Mi hermano mayor—decíanos hace poco el profesor Pablo Reclús—jamás hizo concesiones dentro de la doctrina pura; le tenían sin cuidado las condiciones reales de la vida, y fué el verdadero teórico de la familia.

Nació en Sainte-Foy-la-Grande, en la Gironda, donde su padre era pastor protestante. Hizo sus estudios de teología en Montauban; viajó, aprendió muchos idiomas y hubo de emigrar después del golpe de Estado de 1851. A los veinticuatro años se refugió en Londres, donde se distinguió por su ardor en propagar las ideas socialistas y en defender el sistema de cooperaciones, que fué durante mucho tiempo el mejor campo de su apostolado. No admitía la propiedad, y no consintió—¡a los veinte años!—en conservar los honorarios que obtenía por sus artículos en periódicos y revistas; regularmente los ofrecía á sus compañeros de emigración, y se limitaba á colocar el dinero, según sus necesidades, en aquella caja que él quería común, pero que en realidad alimentaban únicamente los dos hermanos Reclús.

Más adelante, amó singularmente los buenos libros, y cuando se le llegaron á ofrecer algunos jamás osó aceptarlos para él. «¡Ah!—decía—. No son para mí.» Y en vez de poner en la primera página «Elías Reclús», escribía: «*Cui prodest*». Semejante biblioteca, era frecuentemente visitada por sus discípulos. Su hermano Eliseo se aficionó á los mapas, pero tampoco se atrevió á considerar como suyos los que compraba ó le regalaban. Eran de todos sus amigos.

Los dos hermanos llegaron á París ocho ó diez años antes del fin del Imperio. Elías daba á su hermano menor, geógrafo ya famoso, consejos é ideas; escribía, además, para el vasto monumento que se llama *Dictionnaire des Communes de France* una notable introducción. Era erudito como un benedictino y hacía de corresponsal de diversos periódicos y revistas extranjeras, mientras que Eliseo colaboraba asiduamente en la *Revista de dos Mundos*, ganándose los dos así valientemente su vida y la de sus amigos. Estalló la guerra. Eliseo entró al servicio en un regimiento de campaña. Elías no fué admitido, teniendo un gran disgusto por ello. Tenía un defecto. Al subir á una montaña, rodó hasta el precipicio y sufrió una atrofia en la mano derecha, teniendo que acostumbrarse en lo sucesivo á escribir con el puño.

Acaeció la Común. Eliseo, que estaba alistado en sus filas, estuvo prisionero tres días, mientras Elías fué nombrado director de la Biblioteca Nacional. Sus amigos piensan aún que, gracias á él, á su valor, á su cuidado de todos los instantes, se conservan intactas aquellas colecciones. Sin su celo, mil veces hubieran sido reducidas á cenizas. Aceptó el puesto, según dicen, no por el vano deseo de ser funcionario, sino únicamente por conservar y vigilar aquellos tesoros que, como bibliófilo apasionado, amaba. Lo aceptó, decía él mismo, con conciencia de la terrible responsabilidad que asumía, para servir á la ciencia. Después de la Común no pudo menos que ocultarse y escapar.

—Se escondió—nos dijo su hermano Pablo—en casa de uno de nuestros amigos, en la calle Mouffetard. Habiendo depositado yo mismo el fusil, estaba en aquel momento interno en la Caridad, y cada mañana, despistando á los dos guardias que estrechamente me vigilaban, iba á abrazarlo ¡Cuántos peligros le hizo pasar nuestro afecto!

Al poco tiempo fué desterrado á Zurich, no lejos de su hermano Eliseo y de Courbet. Allí continuaron sus trabajos. Durante toda su existencia se buscaron, se ayudaron y se amaron fraternalmente, hasta el umbral de la muerte. He aquí á este propósito una anécdota curiosa:

Caminaban á pie, en marchas forzadas, por casi todos los países de Europa. Una vez quisieron ir de Montauban á Orther, á casa de su padre, y llevaron un perro con ellos. No llevaban más que 27 francos en el bolsillo, y llegaron á la casa sin nada: el perro había consumido casi él solo los 27 francos, con sus locuras. El pródigo animal había devorado en el camino un pato.

Acogidos á la amnistía, entraron en Francia hacia 1876 y volvieron á sus trabajos. Eltseo prosiguió sus maravillosas publicaciones geográficas, Elías sus correspondencias á los periódicos y sus artículos para las revistas, hasta el día en que la Universidad libre de Bruselas les llamó á los dos para enseñar su ciencia á un público ávido de su palabra. Mientras Eltseo buscaba y hallaba felizmente editores para sus obras, Elías, hostil á toda sollicitación, rehusaba dar el menor paso hacia un librero. Unicamente dos de sus volúmenes sobre *Los Primitivos* se publicaron, y eso porque el profesor Pablo Reclús asumió la responsabilidad. Tal era su singular idea de la existencia, que jamás tuvo cuidado alguno por el mañana que atormenta á los mejores y más generosos, no para ellos, sino para su familia. Este sabio extraordinario fué la probidad, la dulzura y, digámoslo sin reparo, el candor inocente personificados.

Tuvo dos hijos y, naturalmente, quiso que escogiesen un oficio. Uno es agricultor en Argelia, el otro, Pablo Reclús, tiene una carrera más agitada. Pablo Reclús, efectivamente, llevando al extremo las teorías sociales de su padre, se ha hecho notar por sus ideas anarquistas. Desde los veinte años, Pablo Reclús se había hallado en la modesta habitación de la calle Monge, y luego en el boulevard de Port-Royal, con propagandistas formidables. Se le acusó de las primeras explosiones. En 1882, Eltseo Reclús fué perseguido juntamente con el príncipe Kropotkine. Después del atentado de Vaillant, Pablo fué acusado de sospechoso, de haber conocido los proyectos de aquél y quizá de haberle ayudado. No tuvo más remedio que abandonar á París y se refugió, durante cuatro ó cinco años, en Escocia, donde se ganó el sustento como encuadernador y profesor de francés, dejando pasar las amenazas y no cesando de afirmar á los suyos su inocencia absoluta.

—El hijo de Elías—nos decía el doctor Pablo Reclús, su tío—es, como el mismo Elías, francamente hostil á toda exhibición. Tiene, como su padre, una bondad y una caridad á toda prueba, y puedo responder de sus sentimientos: es incapaz de hacer daño á cualquiera, ni aun á su más implacable enemigo, ni aun de causarle con mayor motivo la más ligera pena.

Actualmente, Pablo Reclús es catedrático en la Universidad libre de Bruselas, al lado de su padre y de su tío Eltseo; es la Academia de los tres Reclús.

Los hijos del pastor Reclus de Sainte-Foy-la-Grande han sido once, vivos todos hasta ayer; el mayor, Elías, ha sido el primero en desaparecer; el profesor Pablo Reclús, cirujano reputado, es el último vástago de esta ilustre familia de sabios. Onésimo, Eltseo, Armando, continúan sus notabilísimos trabajos; su prima Mme. Kergomard, inspectora general de las escuelas maternas—es hija de un inspector de las escuelas primarias de la Gironda, hermano mayor del pastor Reclús—; se ha distinguido igualmente por sus interesantes conferencias de historia para uso de los niños, y por obras pedagógicas apreciables. Cada uno de estos indagadores eruditos ha seguido fielmente la laboriosa existencia que se ha trazado de antemano.

Elías Reclús deja innumerables papeles y documentos relativos al origen de las religiones, que fué en sus últimos años el objeto principal de sus trabajos. Sabemos también que deja acumulados cuatro volúmenes de documentos para la historia del pan: el pan desde la creación del mundo á nuestros días, su fabricación, sus usos, sus precios de ad-

quisición y venta, y más de cien capítulos sobre este gran asunto, que le apasionaba. ¿Serán esos volúmenes editados después de la muerte del autor? Creemos que esos innumerables papeles serán, por cuenta de la familia, remitidos á M. Mauricio Vernes, que profesa con autoridad esta misma ciencia etnográfica y que decidirá su publicación.

Raoul Aubry.

Crónica de Arte y de Sociología.

PARÍS

Las etapas del socialismo, por Paul Louis; Eugène Fasquelle, éditeurs; Paris. — Movimiento teatral: *Falstaff*, en la Porte Saint-Martin. — *La segunda señora Tanqueray*, de Pinero, en el Odeón. — *Una interview*, de Mirbeau, en el Grand-Guignol.

Como LA REVISTA BLANCA, que tiene marcada su orientación anarquista, no desdeña estar al corriente de las ideas que hoy entran en lucha en el palenque intelectual, nos ocuparemos del notable libro que acaba de publicar el sociólogo francés Paul Louis. Con claridad y hasta con amenidad hace éste la historia del socialismo teórico, exponiendo las concepciones de quienes más han caracterizado en Francia la doctrina é influido en su desenvolvimiento desde que cayó el antiguo régimen, ó sea, desde la conspiración de los Iguales. La obra de Louis puede ser de mucha utilidad, por el acierto con que está compuesta, para quienes deseen estar bien enterados de la materia y no dispongan del tiempo necesario para leer á los autores, lo que es, por lo demás, mucho más útil. En todo caso, puede servir de guía para esto último.

La literatura socialista ha sido en Francia muy diversa, pues la encarnan muchos autores, en múltiples aspectos, que á veces se antojan contrarios. En Alemania, en cambio, la sintetiza, por sí solo, Carlos Marx. El socialismo francés es idealista, más especulativo que práctico, mientras que el socialismo alemán es materialista, rebosando de soluciones. El idealismo francés ha sido en menoscabo, según Louis, del carácter científico (?) del socialismo. En Francia son pocos los que, con fruto positivo, se han ocupado en dilucidar los problemas relacionados con la implantación del nuevo régimen de la propiedad, de la producción y de la repartición. En Alemania, por el contrario, se ha llegado á un sistema completo de socialismo, en términos que Kautsky aplica la tesis de Marx á todas las esferas de la vida pública.

El socialismo nació embrionariamente con el convencional Babeuf, que redactó el célebre manifiesto de los Iguales, cuya doctrina contradijo la afirmación fundamental de la Revolución francesa, que declaran la propiedad parcelaria, consolidada é inviolable. Babeuf reclamaba la igualdad efectiva entre los hombres, diciendo que la tierra no tenía que ser de nadie, sino de todos, y que todo, hasta las producciones, había de ser común.

En el Manifiesto aparecieron reclamaciones como las siguientes: «Queremos vivir y morir todos iguales cual hemos nacido, es decir, queremos la igualdad real ó la muerte... ¡No más propiedad individual de tierras! La tierra no pertenece á nadie. Los frutos son de todos... Declaramos que no podemos sufrir más que la gran mayoría de hombres trabaje y sufra en beneficio y para placer de una extrema minoría.»

Babeuf abolía el derecho de sucesión, de donde los bienes tenían que restituirse á la comunidad. Babeuf era un partidario decidido de la acción revolucionaria. Puede consi-

derársele como el primer apóstol del comunismo rebelde, y por esto se hace simpático á los anarquistas. Fué más avanzado que su tiempo, en cuyo período se preconizaba, entre los que alardeaban de más emancipados, la universalización de la propiedad por medio del fraccionamiento hasta el infinito. Las ideas de Babeuf se presentan con carácter de sistema en su *Análisis de la doctrina*.

En la evolución socialista, que toma un sentido regresivo, por así decir, le sucede Saint-Simon, que levantó por las nubes el industrialismo, preconizando grandes empresas. Propagó, además, el culto de la instrucción democrática.

De Saint-Simon se colige, como noción capital, la de una filosofía de la historia fundada en la evolución permanente del mundo hacia un estado mejor. De ahí que juzgue á la propiedad como inestable y crea incesante el cambio de su régimen.

La asociación, para Saint-Simon, es la fórmula de la nueva sociedad, en la que cada aptitud ha de tener el sitio que le corresponde. «Los hombres, dice, están unidos unos á otros por la división del trabajo.» Hasta aquí pueden pasar las ideas de Saint-Simon; pero luego se declara enemigo de la democracia, para afirmar que sólo un despotismo preclaro (?)—no dice cuál—ha de traer la transformación social. Con grande acomodo cree, por lo demás, que aquél despotismo desaparecería, no bien triunfase la administración de las cosas. La revolución, para Saint-Simon, no ha de venir de abajo. El Estado, según él, es quien debe encargarse de facilitar trabajo á los hombres válidos, emprendiendo grandes mejoras agrícolas, reduciendo la burocracia y difundiendo, entre el proletariado, los conocimientos positivos y asegurando á todos los hombres el libre desarrollo de sus facultades.

Dejemos de lado su prejuicio maniático de querer conciliar la ciencia y la religión, pues el deísmo y el positivismo se dan de bofetones. Las conclusiones sociales de los Saint-Simonianos, que eran, por lo demás, enemigos de la herencia, se desvanecen en sus ensueños místicos. El Saint-Simonismo resulta sobrado aristocrático para ser del gusto del proletariado.

Fourier representa, dentro del socialismo, al que dió grande impulso con sus ideas y una orientación contraria al industrialismo de Saint-Simon. Fourier tildaba el industrialismo de manía de querer producir sin método, sin límite y sin garantía para el proletariado de participar de la riqueza creciente. El fourierismo representa la reducción de la función del capital y el mayor incremento del trabajo. Fourier condenaba la división industrial por anular la actividad humana y paralizar todo progreso. En cambio habló de la división y de la combinación de las pasiones, para llegar á la armonía. Era feudatario de Condillac y de los sensualistas del siglo XVIII. Más que por su sistema edificador de una sociedad nueva, tiene Fourier grande importancia por sus críticas contra el actual régimen social. Denigraba la civilización moderna que Saint-Simon estimaba útil.

Para llegar al nuevo estado de dicha humana, recomendaba Fourier al individuo la práctica de ocupaciones diversas cada día. Ideó la falange, embrión de la nueva sociedad armoniana, que se convierte en una gran sociedad por acciones: sus afiliados tienen derecho á la propiedad federada. Los hombres se asociarán á la falange según sus pasiones múltiples. La falange se refugia en un falansterio, que es un inmenso dominio, en el que se concentra toda la vida de la colectividad. Fourier expone, además, la idea de la formación de grandes batallones industriales, que recorran todos los países para llevar á cabo grandes obras. Se ha de considerar también á Fourier como á uno de los feministas más convencidos del siglo XIX.

Considérant, su discípulo, proclamaba el derecho al trabajo y el derecho de todos á

la propiedad; pero creía, como sus maestros, en la unión del capital con el trabajo y en la asociación falansterfana.

Pierre Leroux es el último representante del Saint-Simonismo. Sus ensueños religiosos crearon cierta confusión á sus ideas sociales. Hizo una crítica mordaz del capitalismo, pero se preocupaba más de filosofía general que de la realización de un nuevo estado social. Quiso conciliar el hecho con el derecho. La religión, para él, era condición suprema de toda dicha social (?). Abogaba por el establecimiento de un cristianismo puro, como el que implica la República de Platón. Todo hombre, á su juicio, tiene que ser alojado, alimentado y equipado, sin que el derecho individual perjudique el derecho social. Todos tendrán acceso á la propiedad. Declaraba que los instrumentos y las primeras materias tenían que concentrarse en manos del Estado, el cual aseguraría una producción igual á la demanda del consumo, dirigiendo, por lo tanto, los trabajos. Los productores se clasificarían según sus capacidades y se retribuirían según su labor y sus necesidades.

Blanc y Vidal creyeron también en la necesidad de recurrir al Estado, considerando la conquista de los Poderes públicos como prefacio de toda revolución. Blanc enunciaba la peregrina idea de que el Estado sería el banquero de los pobres.

Pecqueur y Cabet expusieron con mayor amplitud que sus predecesores, el uno el colectivismo y el otro el comunismo absoluto. Pecqueur cree que la reforma de la sociedad no debe de ser obra de la violencia ni resultado del esfuerzo de los oprimidos: pretendía asociar la libertad con la sociedad, universalizando la propiedad y destruyendo el trabajo incoherente. Cabet, en su famosa novela *Icaria*, establece el régimen icariano, que ignora la propiedad individual y otorga iguales derechos á todos los ciudadanos. Era también contrario de la revolución.

Proudhon, el más importante de todos, puso de manifiesto el antagonismo de clases, el vicio inicial de la propiedad, las retenciones constantes del capital sobre el salario, las contradicciones internas de un régimen económico que hace tantos más desgraciados cuantas más riquezas acumula. Considera, como condición suprema de renovación, que se suprima el Estado, servidor de la minoría dirigente y mantenedor de todas las iniquidades. Opinaba que la transformación política no llevaría á ningún progreso y que la base de todo sólo era la transformación social. Los elementos activos de esta transformación social surgen de la división de la sociedad en dos clases, de intereses opuestos y aspiraciones contrarias.

La obra más famosa de Proudhon fué la que lleva el título de *¿Qué es la propiedad?* Se ha hecho célebre su afirmación rotunda de que la propiedad es un robo. Nadie la criticó de manera tan certera como él. Y el Estado, que pretende amparar la propiedad, es su principal enemigo de ella.

Proudhon tiraba de religión de la miseria el culto de la comunidad. Los comunistas, en su parecer, propagan la aversión al trabajo, el hastío de la vida, la supresión del pensamiento, la muerte del yo y la afirmación de la nada.

Bianqui, de quien también se ocupa Louis, tenía mucha afinidad con los comunistas-estatistas. Aliaba la revolución política á la revolución social.

Louis señala luego la importancia del «Manifiesto de los comunistas» de 1848, en la evolución del socialismo en Francia. Dicho Manifiesto fué redactado por Marx y Engels. Sus ideas esenciales eran:

1.º Que la lucha de clases constituye el fondo permanente y hasta la substancia de la historia.

- 2.º Que el comunismo es un resultado de la propia evolución industrial.
- 3.º Que el proletariado, destinado á revolucionar el mundo, defiende intereses opuestos á los de la burguesía, y que sólo él puede hacer la revolución.
- 4.º Que el proletariado abolirá el régimen capitalista, no para realizar una obra de justicia ni establecer la igualdad, sino porque el determinismo económico y la evolución del mundo les impele á ello.
- 5.º Que el proletariado conseguirá sus fines con la conquista integral del Poder público.
- 6.º Que para preparar el advenimiento del comunismo, la plebe tomará medidas transitorias.

Las teorías de *La Internacional* y los actos de La Comuna, para el socialista Louis, implican un retroceso para la vieja concepción socialista de 1840 y el fracaso de la idea proudhoniana.

Cree Louis que el Partido obrero representa en Francia el elemento marxista, el realismo socialista, la idea integral del Manifiesto de 1848. Al final nos enteramos de los esfuerzos que hoy hacen los socialistas para delinear la ciudad nueva, precisando su instauración y vislumbrando su organización económica, política (?) y escolar.

* * *

Jacques Richepin, para escribir su *Falstaff*, que ha puesto en escena el teatro de la Porte Saint-Martin, se ha valido un poco de la primera parte de *King Henry IV*, de las *Merry Wives of Windsor* y de la segunda parte del *King Henry IV*, de Shakespeare. ¿Se reconociera éste en semejante contubernio de sus propias obras? Téngase en cuenta que Shakespeare no consideró en su pléthora creadora como á un protagonista al descomunal *Falstaff*, sino como figura de orden secundario, que le daba pintorescamente la nota cómica que, para pimentear el conflicto dramático, apetecía tanto el gran autor inglés.

Falstaff encarna todos los vicios humanos; es tragón, poltrón, buscón, calaverón y borracho, y por eso, como dice él mismo, se parece á los demás hombres. Toda la truhanería y toda la bufonería pasan por su alma bruta, que tanto congenia con la de Rabelais. Este hizo la filosofía del vivir en la chanza y en la despreocupación, y así vivió Falstaff, que se reía de igual modo que Rabelais se burlaba de lo humano y de lo divino.

El capitán Falstaff ha establecido su cuartel general en Windsor, en casa del juez Page, que le admira puerilmente. Sir John, después de reclutar los quintos, bebe y come cual conviene al borrachón, y al que es glotón. Al mismo tiempo corteja á mistress Page y á mistress Gué. El príncipe Harry, que ha de heredar el trono de Inglaterra, pone afecto á Falstaff y toma parte en sus juergas terribles; va á visitarle á casa del juez Page, y cuando ve á su hija Ana, se enamora de ella. Decide robarla á su prometido, el enclenque Slender. Este intento de rapto coincide con el proyecto clandestino que han formado Falstaff y sus amigos de asaltar y desvalijar, en pleno bosque, á Page, á Gué y familias respectivas, que han de hacer un viaje á Londres.

Al atacar Falstaff y sus compinches á los excursionistas, son agredidos á su vez por dos aventureros, que roban el uno la señorita Page y el otro los equipajes. Y Falstaff, en una orgía del *Mesón de la cabeza despejada*, se gloria luego de haber librado en pleno bosque un gran combate. Harry se burla de él en sus narices; fué uno de los aventureros que raptaron á Ana. Esta creyó que era su libertador; pero después, en el mesón, comprende lo que desea y, á duras penas, logra huir.

Falstaff acepta nuevamente la hospitalidad de Page sin escrúpulos; pero la esposa de éste ha prometido jugarle una trastada como desquite. Déjase requebrar por él lo mismo

que su comadre Gué. Hacen avisar al marido de ésta de que van á robarle su esposa, meten á Falstaff en un cesto, lo abren cuando viene el marido y entregan al capitán á la venganza conyugal.

El rey, en otro intermedio, se halla moribundo, y su hijo se encuentra en su cabecera. Viendo que su padre duerme, se deja fascinar por la corona y se la pone en la cabeza... Despiértase el padre y al verlo así, le reprende con severidad, no sólo por su impaciencia, sino por la vida disipada que lleva con Falstaff. Harry replica que, si se ha entregado á la relajación, ha sido para conocer mejor la vida y prepararse para reinar bien. El padre perdona á su hijo é indulta á Falstaff.

Vuelve éste á granjearse, una vez más, el cariño de Page, quien le da albergue y le agasaja en su casa. Las dos comadres no desisten de su venganza, dirigen miradas incendiarias á Falstaff y éste se deja caer en el garlito. Le dan una cita en el bosque, donde Harry ha de encontrarse con Ana, que se ha entregado á él. No bien llega allí Falstaff, la buena gente de Windsor aparece disfrazada de vestiglos y de gnomos y bailan una ronda infernal en torno á él, que se muere de miedo. Oyéanse las trompetas que anuncian el advenimiento de Harry al trono. Al enterarse de ello, Ana hace voto de profesar en un convento y huye. Falstaff acaricia la idea de ser el favorito del nuevo monarca, pero éste le repudia y todo Windsor se le chulea con sarcásticas burlas. Así termina la obra.

El público la ha recibido con mucha hilaridad, gozándose extraordinariamente en toda su explosión de hazañas cómicas. Los actores estuvieron bien en sus papeles, que exigían más brío que los de costumbre.

* * *

El Odeón, á pesar de ser como la Comedia Francesa, un teatro nacional, ha puesto en escena en los últimos dos años varias obras de autores extranjeros. Este avance se debe al director Ginisty. Después de *Resurrección* y del *Idiota*, le ha tocado el turno á *La segunda señora Tanqueray*, del autor inglés Pinero, que goza de mucha nombradía entre la sociedad mundana. Es menos consistente y menos intencional que Bernard Shaw, *leader* del teatro cénico, por así decir, á causa de la mordacidad con que flagela los vicios de la alta burguesía inglesa, como se ve en la serie de sus *Pleasant and unpleasant Plays* (piezas agradables y desagradables).

La segunda señora Tanqueray no es más que una reedición de *La dama de las camelias*, obra que se ha hecho célebre por su anodina sentimentalidad. Hay más estudio de caracteres en la obra de Pinero, y éstos son un poco más complicados que en el drama de Dumas. Sus personajes aparecen, por lo demás, como poseídos de aristocrático hastío. Su alma se agosta en la vida. Adoptan una desesperante impasibilidad externa, que hace aún más sangrienta la tortura íntima.

El señor Tanqueray perdió á su primera esposa, con la cual tuvo una hija, Ellean. No fué feliz en su matrimonio y se ha vuelto á casar, para gozar del amor, con una encantadora semi-mundana, Paula. Esto le ha enemistado con la aristocracia inglesa, y la obra, por tal atrevimiento, fué considerada como disolvente en Inglaterra.

Paula, *la segunda señora Tanqueray*, quiere también á su esposo, y esto es causa precisamente de que el hogar ande mal. Es celosa del pasado y quiere deterrar, de aquella mansión, el recuerdo de la primera dueña. Este furor moral se hace extensivo á Ellean, la hija, que es rebelde á la influencia de Paula y no quiere establecer intimidad alguna con ella.

Paula no tiene acceso á los «select saloon». Para colmo de desgracia, una antigua amiga de la primera esposa de Tanqueray, la señora Cortelyou, insinúa que no es bueno

que Ellean se halle en contacto con personaje tan libre como Paula. La substraerá ella con el pretexto de hacerla viajar en su compañía. Paula se siente profundamente humillada.

Vuelve Ellean de su viaje y anuncia que se ha enamorado del capitán Ardale y quiere casarse con él. Paula reconoce en Ardale á uno de sus primeros amantes. Podría ahogar este secreto, pero como no convenía á la finalidad del autor, adjudica un temperamento indómito á la heroína y lo dice ésta á su esposo, á todo el mundo. Se entera Ellean, y ante una situación tan atroz, Paula se mata.

Es como el final de Margarita Gautier y se parece mucho con Edda Gabbler, con cuya alma lóbrega guarda analogía. De la obra de Pinero parece deducirse que la sociedad libre, que encarna Paula, no puede coexistir con la sociedad mundana, que vive en la esclavitud de las convenciones, de la pudibundez y del buen parecer, guardando en su interior todas las aberraciones morales que sea posible imaginar.

Los periódicos han hecho elogios exagerados de la actriz que se encargó del papel de la protagonista, Mme. Bady. Esta, que no es grande artista, dado que sólo se adapta á contados caracteres, parece que se interpreta más á sí propia que á los personajes del autor.

*
*
*

Con *Interview*, de Mirbeau, pieza en un acto que se ha puesto en escena en el Grand-Guignol, vapulea el autor á la prensa corrupta que se vende y se dedica al *chantage*. Un *reporter* vuelve loco á un tabernero, al querer hacerle confesar que es autor de un crimen reciente. El pobre hombre se halla como entontecido con la inquisición de aquel desahogado, que le tiende todos los lazos de la fullería, bebe media docena de bocks de cerveza y se va sin pagar.

J. Pérez Jorba.

Paris.

EL CASTILLO MALDITO

CUADRO TERCERO

Decoración.

Representa la capilla de Más y la de Aschery en la misma forma de los calabozos que han servido para martirizarles. De consiguiente, la escena está dividida por una pared vertical. Al fondo, un pequeño altar con un crucifijo y lo que se acostumbra poner en las capillas de los pobres reos condenados á muerte: una cama, una silla y una mesita de pino al lado de la pared que divide en dos la escena; la puerta de entrada, á la derecha de la capilla de Más; y á la de la izquierda la de Aschery, es decir, al lado de los bastidores.

Al levantarse el telón, Aschery se hallará acompañado de un jesuita y de Portas, y con Más estarán el capellán del batallón infantería de Alfonso XII y Marzo, ó sea el Juez. Más, sentado frente de la mesa firmando un papel.

ESCENA V

Aschery, Jesuíta 1.º, Portas, Más, Capellán y Juez.

JESUÍTA 1.º

(*d Aschery*). Elige, aquí dejo el papel; si lo firmas y te casas con Francisca, la libertad de ésta y quizá tu vida; si no firmas...

PORTAS

Si no firma, ya se lo he dicho: pasará en el tormento las horas que le quedan de vida.

ASCHERY

(*con desespero*). Dadme el papel: firmaré la retractación sólo por libertarla á ella y por libertarme yo de vosotros.

MÁS

(*levantándose y entregando el papel al capellán*). Ya está.

JUEZ

Más sí que es buen muchacho. Ahora te

casas con Salud... y mañana á la calle: ella cuando menos.

CAPELLAN

Esto es lo prometido (*Capellán y Juez que están con Más se retiran; solo éste queda un momento pensativo y después se echa encima de la cama*).

ASCHERY

(*devolviendo el papel firmado*). No me siento con fuerzas para sufrir nuevos tormentos; tampoco quiero que por mí continúe detenida Francisca; me casaré con ella.

JESUÍTA 1.º

(*con risa diabólica*). Esto es ser buen cristiano. Ahora quédate un momento solo con aquél (*señalando el crucifijo*), que sufrió muerte y pasión por redimirnos á todos (*se van*).

ASCHERY

(*mientras se cierra la puerta*). Pero que á nadie redimió; ni supo dotar de misericordia á los que dicen representarle en la tierra (*apoya la cabeza en la palma de la mano y queda pensativo un momento; Más se incorpora poco á poco, mientras pausadamente cae el telón del cuadro tercero*).

CUADRO CUARTO

Decoración.

Representa las capillas de Molas y Nogué, éste está tendido en la cama; Molas habla de cara al crucifijo.

ESCENA VI

Molas y Nogué.

MOLAS

(*con frase entre amarga y socarrona*). ¡Eres un pretencioso! Te creíste el último de los que habían de padecer por la justicia, porque tu padre te confió la misión de establecerla en la tierra, y apenas si redimiste más que á tus sacerdotes, y apenas si supiste lo que era sufrir comparado el tuyo con el mío (*tono un poco airado*). ¡Salvador del mundo! ¡Redentor de esclavos! ¡Me río yo de la misericordia de tus servidores y de la de tus ministros! (*oye ruido en la puerta y se vuelve*). ¡Bah! me tomaré la muerte á chacota como me he tomado la vida (*se abre la puerta y aparecen dos*

jesuitas). ¡Cuervos tenemos; eso huele á carne muerta!

ESCENA VII

Molas y dos jesuitas.

JESUÍTA 1.º

¿Te hallas bien dispuesto?

MOLAS

¿Para qué?

JESUÍTA 1.º

Para morir.

MOLAS

Para morir sólo se necesita una cosa.

JESUÍTA 2.º

¿Cuál?

MOLAS

Estar vivo.

JESUÍTA 1.º

Más cosas se necesitan.

MOLAS

No las sospecho.

JESUÍTA 2.º

Haber obtenido el perdón de Dios.

MOLAS

Mira, tú, dí que venga Portas.

JESUÍTA 2.º

¿Para qué?

MOLAS

Para preguntarle si ha obtenido el perdón de Dios.

JESUÍTA 1.º

¡Indudablemente, es muy bien cristiano.

MOLAS

(*perdiendo algo su habitual socarronería*).

Es decir que para ser buen cristiano hay que martirizar al prójimo y después asesinarle.

JESUÍTA 2.º

Cálmate, José, y confiesa tus culpas, que todas te serán perdonadas.

MOLAS

Mientras no me digáis, en presencia de ese bandido de juez y de ese tigre de Portas y de los demás verdugos, que ninguno tiene perdón de Dios, de vuestro Dios, por las infamias y por los crímenes que con nosotros han cometido, no creeré en vuestra pretendida bondad ni en la de vuestro Dios.

JESUÍTA 2.º

(*con voz cada vez más melosa*). No nuestro Dios; el Dios de todas las criaturas es todo

bondad y todo misericordia, y por muchos que sean los pecados de las criaturas, hallan en él indulgencia.

MOLAS

De suerte que, ante Dios vuestro Señor, es mejor Marzo y Portas, que nos han martirizado cruelmente, que nos han asesinado con premeditación, alevosía y ensañamiento, que nos han hecho sufrir lo que no ha sufrido nadie (*señalando el Cristo*), ni éste, que nosotros; que yo, que no quiero confesarme con jesuitas como vosotros que protegéis y amparáis el crimen de esos... (*señalando la puerta y cogiendo después la silla amenazador*). ¡Fuera, fuera de aquí encubridores de las mayores infamias que se han cometido en el mundo!... (*los jesuitas retroceden, Molas iba a tirarles la silla, pero entran dos verdugos que esperaban fuera y lo sujetan*).

JESUITA 2.º

(*desde la puerta*). Póngasele las esposas y los grilletes y volveremos. (*Desaparecen, luego lo hacen los verdugos; Molas se pasea tremulo y nervioso por la capilla*).

MOLAS

¡El grillete para que no les reciba á punta-piés cuando vuelvan! ¡Las esposas para que no les de puñetazos! Así dominan al mundo esa gente: con el grillete, las esposas y la mordaza (*se echa encima de la cama*).

ESCENA VIII

Nogués, Jesuitas y dos verdugos.

(*Se abre la capilla de Nogués y entran los dos jesuitas; dos verdugos se paran en la puerta; los jesuitas adelantan con algún recelo*).

JESUITA 2.º

¡Duerme!

JESUITA 1.º

Ast parece.... (*tocándole el hombro*). ¡Antonio, Antonio!

JESUITA 2.º

¡Vaya un sueño! (*pausa*). ¿Se habrá suicidado?

JESUITA 1.º

¡No parece sino que sea inocentel

VERDUGO 1.º

(*desde la puerta*). Estos no se apuran por nada.

JESUITA

(*sacudiendo á Nogués*). ¡Antonio, Antonio; despierta, hombre!

NOGUÉS

(*despertando sonriente*). ¿Es mi madre? (*se pone triste incorporándose de repente*). ¡Curas!

JESUITA 2.º

¿Qué soñabas?

NOGUÉS

(*que era pequeñito y que mi madre me besaba*).

JESUITA 1.º

Era la Virgen María.

NOGUÉS

(*secamente*). ¿Era mi madre!

JESUITA 2.º

¿Para qué ro trocar tu madre por la Virgen?

NOGUÉS

Mi madre antes que nadie.

JESUITA 1.º

¡Antes que Dios y la Virgen, no!

NOGUÉS

(*iba á replicar, después*). En fin, dejadme; quiero estar solo, quiero volver á soñar. No me despertéis hasta la hora de la muerte (*se deja caer otra vez encima de la cama*).

JESUITA 1.º

Esa hora se acerca, y has de prepararte á bien morir.

JESUITA 2.º

¡Has de confesarte Antonio, has de confesarte!

NOGUÉS

Me confesaré...

JESUITA 1.º

(*con alegría*). ¡Ah!, no esperábamos menos de ti, Nogués.

NOGUÉS

¡Me confesaré con mi madre; con ella que tanto me quiso; con ella á quien tanto amé. (*solloza*).

JESUITA 2.º

¡Llora, hijo mío, llora; el arrepentimiento!...

NOGUÉS

(*incorporándose otra vez, con sequedad*). No me arrepiento de nada, porque de nada tengo que arrepentirme... (*señalando á los verdugos*). Estos son los que han de arrepentirse... y vosotros también.

JESUITA 1.º

Mira, Antonio, piensa que dentro de poco te hallarás ante el Tribunal de Dios.

NOGUÉS

(sin hacer caso de los jesuitas y como si hablase consigo mismo). En brazos de mi madre. ¡Qué bien estaba! ¡Quiero besarla, quiero!... (á los jesuitas). Dejadme sólo (se deja caer otra vez encima de la cama; los jesuitas hablan en voz baja; se abre la capilla de Molas y entran tres verdugos con esposa y grilletes).

ESCENA IX

Los mismos y tres verdugos más.

VERDUGO 1.º

Molas, hemos de ponerte esto.

MOLAS

(levantando la cabeza). ¿Por qué?

VERDUGO 3.º

Porque no vuelvas á amenazar á los padres.

MOLAS

(incorporándose). ¡Ea, pues, no me lo pondréis!

VERDUGO 3.º

¡Vaya si te lo pondremos!

(se arrojan encima de Molas; éste que lo esperaba, se levanta de un salto; Molas y verdugos forcejean).

MOLAS

(con todas sus fuerzas). ¡Asesinos, favor, asesinos, socorro! (continúa gritando y dando puñetazos á diestro y siniestro).

NOGUÉS

(incorporándose horrorizado). ¡Qué son esos gritos! (fuerte). ¡Madre, madre mía, ven, ven! (Cae el telón del cuadro cuarto mientras Nogué grita aterrado, y Molas da puñetazos con desespero).

CUADRO QUINTO

Decoración.

Vuelve á representar las capillas de Más y Aschery. Al levantarse el telón se retiran de ella algunos militares y señoras de los militares que viven en el Castillo, el capellán de la guarnición y demás gente que han presenciado el casamiento que se acaba de verificar de Más y Aschery con Salud Borrás y Francisca Borrás,

respectivamente. Las personas que estaban en la capilla de Más abandonan la escena antes que las que estaban con Aschery, figurando que el cura que los ha casado ha terminado antes que el otro; pasados unos segundos quedan en la capilla de Más, éste y Salud Borrás, y en la de Aschery, éste y Francisca Borrás.

Al hallarse sólo Salud y Más, aquella se arroja llorando en brazos de su compañero, mientras hablan Aschery y Francisca.

ESCENA X

Más, Salud, Francisca y Aschery.

ASCHERY

¡Si supieras lo que he sufrido!

FRANCISCA

¡Muchol ¿Verdad?

ASCHERY

(mirando la puerta con recelo y dándole un paquete). Toma tres cartas; una para *El País*, otra para mi madre, y otra para *L'Intransigeant* de París; ¡que no te las vean!

FRANCISCA

¿Qué les dices?

ASCHERY

¡Que todo es mentira: mentira mi retractación, mentira mi casamiento, mentira el proceso...; que soy inocent!

FRANCISCA

¡Confío aún en el indulto! El juez me ha dicho que si casaba contigo se me indultaría.

ASCHERY

Y á mí me ha prometido que te daría la libertad si consentía en casarme; por ello accedí.

FRANCISCA

Por salvarte la vida accedí yo también.

ASCHERY

¡Nos han engañado miserablemente!

FRANCISCA

¡Quizá no!

ASCHERY

¡Si me acaban de amenazar con aplicarme otra vez el tormento si no firmaba una retractación de mis ideas y no me casaba contigo!

FRANCISCA

Nos han engañado; así se salvan las almas (llora; Aschery se pasea entretanto).

MÁS

(*desprendiéndose de ella*). No llores; mañana te pondrán en libertad; así me lo ha prometido el juez, y después ¡a vivir! ¡Olvídamel!

SALUD

Espero el indulto que se me ha prometido, y quién sabe si después se te indultará de la cadena perpetua (*Aschery mueve la cabeza negativamente mientras cae el telón del cuadro quinto*).

CUADRO SEXTO

Decoración.

Es la misma de la del segundo cuadro.

ESCENA XI

Ollé, Callís, Gana y Suñé.

OLLÉ

¡Pobre Alsinal!

CALLÍS

Lo más particular es que nadie sabía que hubiese sido condenado á la última pena.

GANA

Yo sé que en el consejo de guerra se le impusieron solamente unos cuantos años de presidio.

SUÑÉ

Pues en Madrid lo condenaron como autor de la bomba.

OLLÉ

Cargo que se había hecho á Pons Vilaplana porque Tresols lo presentó al juez en calidad de mecánico.

GANA

Mecánico en telares.

SUÑÉ

Ellos no entienden de eso y le cargaban el muerto de ser el autor de la bomba como mecánico.

(*Se abre la puerta del calabozo y aparece Portas acompañado de cuatro verdugos; estos se quedan en la puerta, aquél adelanta.*)

Federico Urales

VALOR SOCIAL DE LEYES Y AUTORIDADES

(CONTINUACIÓN)

Servicios de las leyes y las autoridades.

29. **La autoridad como derecho y como función.**—De la originaria relación de prepotencia engendrada por la lucha, y que no es más que una relación de hecho, sin otra base que la fuerza brutal, surge lentamente la idea de la relación jurídica de autoridad. El hábito de ver durante mucho tiempo dispuestas las cosas de cierto modo y de vivir dentro de una situación real determinada, hace que se olvide poco á poco la manera como esta situación se produjo y que se la vaya considerando cada vez como menos violenta y dura. Por otra parte, los beneficios que todos, unos más y otros menos, obtienen de ella, la van purgando de su ilegitimidad de origen y convirtiéndola en legítima (1), pues aun los oprimidos temen perder aquellos beneficios, si la nueva situación fuese derrocada. El simple hecho de hallarse unos individuos en posición preeminente respecto de otros y de poderles mandar, se torna en un derecho, y como tal lo reclaman los primeros y lo reconocen los segundos.

La autoridad, pues, es un derecho del que la ejerce y se halla establecida en su exclusivo beneficio. En sus comienzos, el poder del padre sobre los hijos, del marido sobre la mujer, del señor sobre los esclavos, del patrono sobre los clientes ó «devotos», del jefe ó caudillo sobre sus súbditos, del señor feudal sobre los vasallos, del amo sobre los criados... es exclusivamente un derecho, un dominio (2) que corresponde á la persona que lo

(1) Es esto se apoya precisamente algunos para justificar la prescripción de la soberanía (y aun la prescripción de los demás derechos), por parte de sus desamainadores que gobiernan bien. Considerando la soberanía como una cosa cualquiera, susceptible de apropiación particular y de adquirirse y perderse por los mismos modos como se adquiere y pierde la propiedad de las cosas según el derecho civil calcado sobre el romano (ocupación, tradición, donación, herencia, etc.), dicen que la simple posesión de hecho puede convertirse en posesión de derecho y en propiedad jurídica por el transcurso del tiempo y el ejercicio racional y justo de la soberanía desamainada.

(2) Por eso se llama *dominus*, señor, al que lo tiene, y á su potestad, potestad domínical, ó *potestas* en general.

ejerce, y en cambio del cual no tiene deber alguno frente á los individuos sobre quienes lo ejerce. La práctica ó ejercicio de tales derechos no reconocía más trabas que la voluntad discrecional de su poseedor.

Pero no tarda en aparecer la idea, si bien muy débil y confusa, de que la autoridad, al propio tiempo que favorece á aquel que la tiene en sus manos, favorece también algo á los mismos sobre quienes pesa; y entonces, al concepto de la autoridad como puro derecho, empieza á acompañar el concepto de la autoridad como deber y función, lo cual hace que nazcan, una tras otra, multitud de limitaciones al ejercicio de la misma. La *patria potestas*, la *manus*, la potestad de los reyes y de sus delegados, todas las manifestaciones de la autoridad, comienzan á revestir cierto carácter de tutela respecto de los débiles y necesitados, y en tanto, á ofrecerse como derecho de estos últimos.

El doble carácter de derecho y obligación, de dominio y de tutela, predominando, ora el primero, ora el segundo, lo ha venido teniendo durante toda la historia la autoridad; y éste es, puede decirse, el estado en que hoy nos hallamos, con tendencia á proseguir la evolución en el sentido de ampliar el horizonte de la idea de autoridad como función y deber, como complemento de la personalidad (1) del súbdito, y reducir, en cambio, el horizonte de la idea de autoridad como derecho.

Por ser así, ó sea porque la autoridad se viene considerando cada día más clara y resueltamente como función y deber, y no como derecho del que la ejerce, es por lo que á todos cuantos desempeñan alguna misión en el Estado, desde el monarca hasta el último empleado, se les llama frecuentemente «funcionarios» y «servidores de la comunidad». Por eso mismo es por lo que se pide que las autoridades busquen el bienestar común, y no el suyo propio; por lo que se establecen cada vez mayores limitaciones legales al ejercicio de todos los poderes; por lo que se hace uso del derecho de resistencia, de protesta, de manifestación contra las leyes que se reputan injustas (contrarias al promún) y contra las órdenes arbitrarias de toda clase de autoridades; por lo que todo el mundo, que se cree débil ó atropellado injustamente, pide á los poderes protección para su debilidad ó contra el atropello.

30. **Resultados útiles de la ley y la autoridad.**—Solamente su carácter de función tutelar es lo que justifica la existencia de la autoridad y de la ley y lo que las mantiene. Es cierto que una y otra no suelen perseguir, como se ha dicho, más que la utilidad de los dominadores; pero también lo es que con ellas se logra, aun sin pretenderlo, la utilidad de los dominados.

Hasta el presente han sido los hombres, y aun lo son, tan poco inteligentes, su mirada intelectual alcanza tan reducido horizonte, que apenas son capaces de ver las relaciones que guardan entre sí las cosas que tienen más encima, no percibiendo con claridad y á menudo, ni aun columbrando siquiera, las que ligan á las cosas ya un tanto alejadas. Por eso la vida social es, en grandísima parte, un producto del azar, de lo imprevisto. El móvil del obrar de cada individuo es, de ordinario, el egoísmo; pero un egoísmo estrecho, que se basa en la contradicción entre el interés propio y el ajeno, no un egoísmo amplio, que se apoya en la compenetración y armonía de todos los intereses. De aquí que si no hubiera alguien que pusiera coto á los egoísmos particulares y forzara á la cooperación, la vida social sería en muchos casos una lucha constante, un *bellum omnium contra omnes*, como sucede en las agrupaciones primitivas y salvajes, de tribu á tribu. Ahora precisamente la ley y la autoridad son las que desempeñan el papel de aglutinantes, las que producen la cohesión social, imponiendo forzosamente la cooperación de todos para el bien común (2).

(1) Esta fue, desde un principio, en Roma, el sentido de la autoridad de los tutores; los cuales «autocubaban» esto es, sustentaban (*surgere, auclere*), completaban con su *potestas* la incompleta personalidad del pupilo.

(2) Esta misión se le atribuyen algunos, como, por ejemplo, Benjamín Kidd (*La evolución social*, trad. esp.), á la religión. Pero la religión, considerada desde este punto de vista, no viene á ser otra cosa sino una serie de preceptos ó reglas impuestas autoritariamente al individuo, quien comienza (tal es la idea de Kidd) por no comprenderlos de modo racional, y precisamente de ésta es su comprensión y explicación racional derivada su fuerza.

La expresada en el texto es la concepción corriente del derecho, el Estado, la autoridad y su respectiva misión; la concepción que ha defendido toda la escuela llamada del derecho natural y del pacto, desde Grocio hasta Kant y que continúa desde; la misma que profesa Haurig (V. sobre todo su libro *El fin de la ley*, t. I, trad. esp., Madrid, año 1901), especialmente los párrafos 10-13) y que profesan actualmente Spangier, la mayoría de los positivistas modernos, los partidarios

Aun cuando los que tienen en sus manos el poder no se propongan ejercitarlo sino en provecho exclusivo suyo, vienen á producir, quieran ó no quieran, un beneficio general. Los ejemplos que podríamos poner en corroboración de lo que se dice son muchos. Sean, v. gr., los impuestos. Es indudable que una parte muy considerable de los mismos se invierte, en los Estados modernos, como se ha invertido en los Estados antiguos, en la satisfacción de las necesidades personales y privativas de los que mandan, en sus caprichos egoístas. Esta parte de impuestos ha estado y está en razón directa del grado de prepotencia y despotismo dominantes, del antagonismo entre los varios elementos y clases sociales, de la idea de que el Estado es una cosa de la propiedad de aquel ó aquellos que se hallan al frente del mismo (1), y en razón inversa del desarrollo mental humano, de la civilización, de la conciencia, de la solidaridad y, consiguientemente, de la cooperación realizada de un modo voluntario por los individuos.

Pero otra parte de los impuestos, mínima en un principio, mayor después, se ha aplicado y se aplica á la satisfacción de las necesidades colectivas. Como en compensación del tributo que los sometidos pagan, van con el tiempo obteniendo de aquél ó aquéllos que lo reciben, alguna protección, la cual, habiendo comenzado por tener el carácter de graciosa, concluye por revestir el de obligatoria. De otro lado, los mismos que reclaman los impuestos, para dar á éstos alguna apariencia de justificación y constreñir á su pago á los renitentes y pertinaces, pretextan destinar tales impuestos á servicios públicos (2), con lo cual señalan el verdadero camino por donde se debe marchar, sobreponiendo la conveniencia general á la individual, ó, mejor dicho, buscando esta última como resultado de aquella.

Y aquí está uno de los innegables beneficios que las leyes y las autoridades, ó lo que es lo mismo la coacción, producen. Sin salir de esta materia de los impuestos, tenemos que los individuos, á causa precisamente de su escaso desarrollo psíquico, de su poca aptitud para remontarse á concepciones generales y de su limitadísima penetración para leer en el porvenir, calculando por anticipado el curso de los acontecimientos, no se desprenden con gusto de una parte de sus haberes, aunque se les diga que, á cambio de ella, recibirán después, y por muy varios conductos, cien veces más de lo que han dado. Como no ven la realización inmediata de esas promesas, no creen en ellas. Por eso, siempre que pueden, se excusan, niegan ó eluden, hasta dolosamente, el pago de las cuotas que les corresponden. Las que con menos repugnancia satisfacen, son aquellas que se destinan á servicios cuya utilidad pueden tocar con las manos, y pronto: v. gr., las dedicadas á cons-

del individualismo, y en general casi todos los escritores de materias jurídicas y sociales. Para ellos, el derecho, cuya única expresión suele ser la ley y cuyos únicos órganos son los poderes ó autoridades que la dan y la hacen cumplir, es una fuerza meramente exterior, negativa, coactiva, que impide la lucha entre los individuos y la intromisión de unos en la esfera de acción de otros, haciendo posible de este modo la coexistencia social. Pero á estos autores les ocurre lo que no deja de ser frecuente en otras muchas cosas, á saber: que hacen consistir toda la esencia del derecho en aquello que no es sino un aspecto del mismo y un momento de su formación. (V. mis *Problemas de derecho penal*, caps. I, II y III, y mi libro titulado *El derecho y sus sacerdotes*.)

(1) No hablemos del tiempo en que los monarcas, sobre ser señores de las villas y haciendas de sus súbditos, individualmente considerados, igual que lo era el amo de sus esclavos, se estimaban dueños de todo el territorio que gobernaban, el cual repartían entre sus hijos ó entre otras personas, por herencia, donación, dote, etc., y tenían convertidas las funciones públicas en objetos pertenecientes á su patrimonio, vendiéndolas como otra cosa cualquiera, ó haciendo merced de ellas á sus protegidos. Hoy mismo, en pleto reinado constitucional, cuando no se busca más, según se dice, que el triunfo de la igualdad, de la justicia, de la ley y al bien público, los gobernantes no suelen proceder de otro modo que se procedía en las épocas de absolutismo y gobierno personal: los partidos luchan sencillamente por conseguir el poder como objeto de explotación, y cuando lo han alcanzado, lanzan de su puesto á los funcionarios que no les son adictos (ó á muchos de ellos), colocan á los suyos, reparten credenciales entre aquellas personas á quienes deben ó de quien esperan algún favor, crean nuevas plazas para los amigos...; en una palabra, se apoderan del presupuesto y se reparten honestamente las cantidades consignadas como ingresos en él, importándose nada del bienestar público, tras de cuyo nombre se escondan, á veces, sin embargo, para realizar sus polacadas. Los cargos públicos fueron un tiempo oficios enajenados de la Corona; hoy son, en buena parte, oficios enajenados de los ministros, y los impuestos son ahora, podemos decir, derechos de estos últimos, como otras veces fueron derechos de los reyes y de los señores feudales.

(2) Aun los gastos que ocasiona el mantenimiento del bosto y «empleador» exterior de los que ejercen alguna autoridad (monarcas, obispos, ministros, etc.), se dice que son gastos empleados en interés general, porque sin eso la autoridad no se presentaría á los ojos de las multitudes rodeada de todo el prestigio que debe, para hacerse respetable. Esto, que hasta cierto punto es exacto, denuncia bien á las claras que aún estamos en los comienzos de la civilización, supuesto que no fijamos más que en la substancia de las cosas, en sus apariencias supererarias, en el ritualismo, que es lo que acontece en todo pueblo,

trucción de caminos y demás obras públicas (1). Si se les dejase en completa libertad, pagarían probablemente estas cuotas y se abstendrían de satisfacer todas las demás consagradas á fines de moralidad, de educación, de beneficencia y semejantes; es decir, á fines cuyos efectos útiles no pueden palpar, á lo menos, de una manera directa é inmediata. Recuérdese, por ejemplo, la tenaz oposición que se hace entre nosotros constantemente á aumentar las partidas del presupuesto de Instrucción pública, la que se hizo en su día á la creación del *Instituto del Trabajo*, etc.

31. **Tránsito al cumplimiento voluntario de lo primeramente impuesto.**—De no haber leyes ni autoridades que, aun cuando por móviles en gran parte egoístas, obligasen á los individuos á hacer aquello que de su grado no hacen, los fines referidos quedarían sin cumplir, y todos los asociados perderían con ello, empezando por los mismos á quienes se compele y cuya libertad (salvaje) sufre limitaciones. Por el contrario, gracias á la autoridad y á la ley, los asociados practican, aun cuando sea á su pesar, aquello mismo que les favorece, y pagan las cuotas destinadas á gastos que ellos estiman inútiles; hasta que, andando el tiempo, se percatan de que están obteniendo ciertos servicios provechosos, procedentes de las cuotas referidas. Entonces ya, estas últimas pasan á la categoría de impuestos pagados voluntariamente, por convencimiento íntimo de su bondad; convencimiento reforzado por el hábito que la misma imposición coercitiva que ha pesado largo tiempo sobre los individuos ha engendrado en éstos. En tal caso, la misión de la ley y de la autoridad puede decirse ya cumplida en cuanto al particular de que se trate, y no habría inconveniente alguno en hacerlas desaparecer, con el propósito de hacerlas servir á otros fines tutelares que fuesen surgiendo de nuevo.

32. **Otro ejemplo.**—Las reflexiones que acabamos de hacer por lo que á los impuestos se refiere, son perfectísimamente aplicables á otra infinidad de asuntos; y como este aspecto de la cuestión ofrece no poca trascendencia, y de su estudio pueden sacar los gobernantes grandes y muy útiles enseñanzas, conviene que nos detengamos más en él, explicándolo por medio de ejemplos.

El Estado oficial tiene que tomar á cargo suyo la materia de higiene, en tanto no sean limpios é higiénicos los individuos, y cuando éstos protesten. Llegan á tal punto, por lo regular, la ignorancia y la imprevisión de las gentes; de tal manera desconocen su propio interés, y tan débil es la conciencia que tienen de su representación en el mundo y de su posición y relaciones los demás hombres con quienes conviven, que no hay más remedio que suplir, aun coactivamente, las deficiencias que se advierten en su personalidad. ¿Es racional y, por consiguiente, preciso y obligatorio, ser sano en lugar de enfermo, fuerte y vigoroso en vez de enclenque? ¿Va en ello el interés exclusivo del individuo de quien se trate, ó anda también de por medio, y pudiéramos decir ante todo, un interés social? ¿Qué conducta, por lo tanto, debemos seguir con los refractarios á toda higiene corporal? ¿No está obligado el Estado, en este punto, como en otros, á ejercer de tutor de quienes lo necesitan, y, con propósitos tutelares, á imponerse por medio de la ley y de la coacción á los individuos, para que hagan aquello que de su grado no hacen tal, v. gr., como vacunar

primitivo; veneramos el símbolo (la toga, los uniformes, las cruces, el aparato majestático...), no lo simbolizado, y atribuímos el carácter de utilidad común á gastos que, lejos de producir ninguna, son perfectamente nocivos.

Con todo, el pretexto que se alega para justificar la percepción de los impuestos referidos es un signo de cambio, y auge de progreso, si se quiere; un signo que denota que la forma de la coacción empleada para tener sometidos á los individuos ha perdido su carácter de violencia, para revestir la apariencia de racional, y, por lo tanto, ha dejado de ser oración física para convertirse en psíquica. Y este cambio representa, según Ferrero (*L'Europa giovane*, Milán, 1887, pp. 371-94)—que acaso no vaya decaído—, un grande progreso intelectual, pero también y sobre todo un enorme progreso moral. El obrero se educa hoy en el taller ó á la fábrica á ser explotado, sin que nadie le coartara á ello, cual ocurría con el esclavo antiguo, por medio de la fuerza bruta, porque se presenta ante él el dilema de, ó morir de hambre, ó de trabajar para un patrono; y esta situación de cosas, aun cuando sea en sí misma poco laudable, sin embargo, representa una inmensa fortuna para todos, por que implica una dulcificación general de costumbres, que aprovecha á los mismos explotados...

(1) Donde se ve con perfecta claridad este fenómeno, es en la vida municipal; pero lo mismo, exactamente, que en ella, ocurre en la nacional. Los vecinos contribuyen de buen grado con prestaciones personales ó pecuniarias cuando se trata del fomento de los intereses llamados «materiales» de la localidad (arreglo de calles y caminos, policía urbana, pavos, jardines, arbolado, alcantarillado, etc.), y nada tienen que oponer á que la casi totalidad del presupuesto municipal se destine á servicios de este género; en cambio, tienen por superfluo é innecesario todo gasto que tienda á favorecer los intereses «morales» y á preparar un ambiente social más sano que el de hoy á las generaciones de mañana (establecimientos é instituciones de protección á los niños, á los necesitados, á los débiles, á los oprimidos, á los delincuentes...).

á sus hijos para librarles de la viruela ó de otras enfermedades? Y ¿no es con este criterio mismo con el que se debe juzgar y defender la prohibición del matrimonio á los que padezcan ciertas enfermedades (1), la limpieza obligatoria del cuerpo, la higiene obligatoria de las viviendas, escuelas, oficinas talleres, fabricas, etc.? Si contra estas formas de coacción legal se invocan, como á menudo ocurre, los fueros de la libertad humana, parece que pueden invocarse de la misma manera contra cualesquiera otras restricciones de ella, y por consecuencia, que ni el Estado ni nadie tiene facultades para impedir que yo sea un borracho, un holgazán, un disipador de mi salud, ni para estorbarme que abandone á mis hijos ó que los maltrate ó los deje consumirse de inanición, puesto que son míos y, como míos que son, puedo hacer de ellos lo que mejor me plazca, igual que de otra cualquiera cosa mía. Pero si, por el contrario, mi libertad en este orden, ni en ningún otro, puede ser libertad para el mal, cuando yo lo practique pueden poner trabas á mi hacer; como, por análogo motivo, podrán constreñirme á realizar el bien, en caso de inacción. Este constreñimiento es una tutela, y, aparte de su finalidad inmediata, ha de tener la remota de formar en mí, por el hacer repetido, un hábito de conducirme honrada y racionalmente, cooperando al bienestar común, y al propio tiempo la de engendrar, como consecuencia de dicho hábito, el convencimiento de que me es más útil, á mí mismo, seguir la conducta que sigo ahora, que no la que seguía anteriormente, cuando obraba á mis anchas, pero perjudicándome en realidad y sin comprender el alcance de mis actos.

Pedro Dorado.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Parentesco entre los chinos y los pieles rojas.—La travesía del Atlántico en globo.—Las causas del cáncer.—Investigaciones de Tommasi sobre los acumuladores.

Entre las diversas y contradictorias teorías que durante mucho tiempo circularon acerca del origen de los pieles rojas, casi todas concordaban en admitir su procedencia asiática. Parecía difícil que el hombre primitivo hubiese podido pasar de Asia á América por un punto que no fuese el estrecho de Behring, pero los trabajos de dos sabios rusos, los profesores Jochelson y Waldemar Bogoras, aclaran este asunto.

Notados los puntos de contacto entre esquimales é indígenas norteamericanos, surgió el deseo en los círculos científicos de estudiar la conexión entre ambas razas, y como consecuencia, el Museo Americano de Historia Natural recibió 250.000 francos para organizar una expedición á la Siberia oriental.

La Academia de Ciencias de San Petersburgo y la Sociedad Imperial de Geografía de Rusia organizaron por la misma época una expedición destinada á estudiar el mismo asunto, bajo la dirección de los profesores mencionados, y esos viajes, que duraron algunos años, han suministrado la prueba de la comunidad de origen entre el norteamericano y el esquimal asiático y presunciones importantes acerca de su parentesco con chinos ó japoneses, formulando esta conclusión: la clasificación actual de ciertas razas bajo los nombres de «raza amarilla, roja ó cobriza,» debe cambiarse por la denominación de «razas del litoral del Pacífico».

Los exploradores han formado ricas colecciones: el profesor Bogoras, encargado de

(1) Ya hay algunos Estados en que así sucede, como el de Dakota en la América del Norte, y es de esperar que la prohibición se vaya poco á poco extendiendo, pues son muchos los higienistas, médicos y sociólogos que la piden, como medio de poner algún dique á la creciente degeneración hereditaria de la raza. Algunos (v. gr., los doctores Oschaer y Zuccarelli) llegan hasta solicitar la castración de los delincuentes reincidentes y de todos los degenerados. Entre nosotros, un ministro de Gracia y Justicia, D. Juan Mostilla, en su discurso de apertura de los tribunales el año 1902, al par de otras reformas legales que, según él, conviene introducir en orden á la familia, proponía esta intervención obligada del médico en el expediente matrimonial, y su inexcusable dictamen sobre la salud y condiciones físicas de los contrayentes. La propuesta escandalizó mucho, considerándola como un atentado á la libertad individual. Pero los que así discurren no se parecen de que eso mismo puede decirse de todas las prohibiciones y limitaciones impuestas por las leyes á los hombres; además, que, sin salir de la materia del matrimonio, restricciones análogas á la que el Sr. Mostilla pretendía establecer son otras varias impedimentos matrimoniales. Si, no obstante los perjuicios individuales, domésticos y sociales, que pueden traer las uniones de tísicos, escrofulosos, sífilíticos, alcohólicos... esas uniones no se deben prohibir, ¿por qué motivo no se aplica el mismo razonamiento á las uniones de impotentes, de conmaguñados, de impúberos, etc.?

estudiar las tribus de la costa, fué esclavizado por los Chukchi durante tres años y rescatado por una cantidad de azúcar, tabaco, etc., y durante su esclavitud aprendió la lengua de sus amos, comprendiendo un vocabulario de 20.000 palabras, que prueba indudablemente que esa lengua es idéntica en sus principales raíces a los idiomas que hablan los indígenas de Norte América. Entretanto el profesor Jochelson estudiaba costumbres y dialectos y obtenía resultados análogos.

Las conclusiones de los sabios rusos son muy admisibles: las razas china y japonesa son admirablemente prolíficas: hace ya siglos que el territorio les viene estrecho y han necesitado emigrar: es, pues, verosímil que una de sus expediciones se haya dirigido al extremo Norte y pasado el estrecho de Behring; sólo que para admitir ese éxodo hay que suponerle lo suficientemente remoto para dar tiempo a desarrollarse las diferencias étnicas que separan las razas americana y asiática.

..

Se ha confirmado la noticia de la audaz tentativa, que llevarán a cabo Eliseo Reclús y Luiz Capazza, de atravesar el Atlántico en globo.

El gran geógrafo é incorruptible anarquista, que ha merecido el respeto, la admiración y hasta el cariñoso afecto de todo el mundo, por la pureza de su vida, toda de modestia, de trabajo infatigable, de abnegación heroica y de amor desinteresado á sus semejantes, no ha vacilado, á pesar de sus setenta y cuatro años, en unirse al aeronauta Capazza, el inventor del paracaídas que disminuye los riesgos de la navegación aérea, para intentar esa empresa científica.

Los riesgos se reducirán al mínimum: la partida tendrá lugar á mediados de Mayo próximo, cuando, según los cálculos de Reclús, reinan durante quince días vientos constantes de NE. al SE., con una velocidad de 65 kilómetros por hora. Los atrevidos viajeros se remontarán en Las Palmas (Canarias), punto preferido á Marruecos ó Portugal, porque desde esas costas habría el peligro de ser tomado el globo por brisas contrarias que podrían arrastrarle á las desoladas regiones del Sahara.

El globo será cuatro veces mayor que el más grande de los construídos hasta el día; tendrá una capacidad de 1.500 metros cúbicos, será de forma esférica y se llenará de hidrógeno; tendrá una navecilla de dos pisos, el superior como dormitorio y el inferior servirá de gabinete de estudio, y colgando llevará un barco insubmergible con un motor de petróleo y víveres para veinte días.

Se calcula que descenderá en la desembocadura del Amazonas, en la isla de Trinidad ó en la península de Yucatán.

..

En Inglaterra se ha observado durante los últimos años un aumento considerable en los casos de cáncer, que ha llegado á alarmar los medios gubernamentales, fundándose una Comisión especial para su estudio, dotada con 50.000 libras esterlinas.

Esta laudable iniciativa acaba de producir sus primeros frutos: dos de sus miembros, los doctores Bashford y Murray, han comunicado á la Sociedad real de Inglaterra el resultado de sus trabajos sobre el origen de la enfermedad, que empiezan á aclarar el misterio; en concepto de los dos sabios, las células del cáncer deben ser consideradas como las del cuerpo mismo, desarrolladas ó que se desarrollan en una dirección falsa y que pueden ser obligadas á tomar ese desarrollo por la presencia de algún agente irritante.

Si este descubrimiento resulta positivo, anonadaría la teoría microbiana, bacteriana ó parasitaria del origen del cáncer, y además hace admisible la hipótesis de que el desenvolvimiento de las células del cáncer, de las células del cuerpo, es análoga á la que se produce en las plantas, y de éstas se admite generalmente que las excrecencias cancerosas de las plantas son debidas á *stimuli* irritantes, cuya naturaleza no ha sido aún exactamente determinada.

Como ha sido demostrado de manera concluyente que este método de crecimiento es particular á las células del cáncer y no se encuentra jamás en tumores benignos, esta circunstancia suministrará un medio diagnóstico nuevo para diferenciar un tumor canceroso de un tumor benigno.

Otros individuos de esa misma Comisión experimentan diferentes tratamientos: el radium, los rayos X, etc.; el departamento especial reservado á los cancerosos en Charing-

Cros ha sido reorganizado recientemente, lo que induce á esperar que en la guerra contra el terrible azote, la victoria decisiva y próxima corresponderá á la ciencia.

* * *

Entre las comunicaciones hechas recientemente á la Academia de Ciencias, se halla una nota de M. D. Tommasi, ingeniero electricista, relativa á la acción que ejerce la luz sobre la velocidad de formación de las placas de los acumuladores.

Según las investigaciones de este electroquímico, resulta que las negativas se forman, ó, por mejor decir, se reducen en plomo esponjoso más rápidamente á la luz que en la obscuridad; pero, al contrario, las positivas se forman, es decir, se peroxidán más pronto en la obscuridad que á la luz.

Esta acción reductora de la luz y oxidante de la obscuridad se manifiesta siempre, cualquiera que sea la composición de la materia activa contenida en la placa, la densidad del ácido ó la temperatura á que se opere.

Tarrida del Mármol.

El arte dramático en España.

EL ABUELO, drama en cinco actos de Benito Pérez Galdós, estrenado en el Teatro Español la noche del 14.

Lo primero que ha de preguntarse el crítico al coger la pluma para hablar de *El abuelo*, es si debe prescindir de *El abuelo* novela, ó si, por el contrario, ha de tener en cuenta que el drama procede de la novela.

La duda es mucho más importante de lo que á primera vista parece, porque si hemos de acordarnos de la novela al criticar el drama, es indispensable pensar en lo que de la novela falta en el drama, ó mejor, en lo que del libro podía haber sido trasladado á las tablas; y en este caso la crítica sería interminable, y además estéril. Prescindamos, pues, de la novela, aunque sea olvidando que en ella hay un pasaje eminentemente estético y teatral: el choque entre el conde de Albrit y el prior del convento, que no ha sido aprovechado para el drama, no ciertamente por su falta de belleza.

Resuelto el asunto que acabamos de decidir, se presenta otro problema que necesita igualmente una resolución previa: ¿Podemos juzgar en conjunto el valor intrínseco del ideal que entraña *El abuelo* y el valor externo, el de la mecánica teatral?

La pregunta no aclara suficientemente el pensamiento del autor; la formularemos de otro modo.

En toda obra teatral hay dos clases de arte: el de la obra como pensamiento y el de la misma obra como desarrollo; esto es, el ideal y la manera de expresarlo.

¿El arte de mover las personas y de preparar las escenas de *El abuelo* es de la misma categoría estética que el trascendental pensamiento que entraña? He aquí el segundo punto que conviene discutir.

Nuestro criterio sobre la obra dramática de Galdós en general, y sobre *El abuelo* en particular, es el siguiente:

Las comedias de Galdós presentan el mismo fenómeno: el valor de la idea es muy superior al arte de desarrollarla en la escena, y *El abuelo*, el mejor drama de Galdós, y en conjunto uno de los mejores del arte dramático español, presenta el mismo fenómeno, aunque muchísimo más atenuado.

En *El abuelo*, y hemos convenido en no acordarnos de la novela, sobran actos para la materia que la obra contiene.

La síntesis, el nervio de *El abuelo*, es como sigue: El conde de Albrit casó á su heredero con una irlandesa de origen burgués, que dió al marido muy mala vida y á quien engañó, además. La irlandesa tuvo dos hijas, una con el esposo y otra con el amante; pero sólo la condesa y un criado saben cuál de las dos hijas es la legítima. El viejo, apegado á las antiguas ideas del honor y la honra, se da á la improba tarea de averiguar-

lo, y anda preguntando á todo el mundo sobre los gustos y las aficiones de las dos niñas, que ya cuentan de quince á diez y seis abriles; y en este empeño llega á dos dedos de la locura. Sus antiguos servidores, hoy propietarios de las haciendas que un día fueron del conde, secundando los planes de la liviana nuera, que teme el resultado de las investigaciones á que se había dado su suegro, quieren encerrar por loco al viejo Albrit. Este, al fin, cree haber averiguado cuál de las dos niñas es la legítima; ha de ser necesariamente la más buena, la más noble, la más hacendosa, la que más quiere al pobre abuelo; y cuando más contento está, porque la hija de su hijo es la que era mejor de las dos hijas, viene en conocimiento de que la niña buena, la que no quiere desamparar al abuelo, que se opone á la reclusión del abuelito, es la hija del adulterio, la ilegítima, se desmorona en el cerebro del viejo Albrit los para él sagrados y grandes conceptos del honor y de la honra; el entendimiento del viejo noble queda anonadado ante la prueba de que las viejas ideas sobre la nobleza de la raza, del honor y de la honra son un mito, y de que sólo el amor es eterno. Fin del drama.

No puede negarse que el pensamiento es hermosísimo, que es de una grandeza estética casi insuperable; pero tampoco puede negarse que no ofrece materia para cinco actos. Así, el segundo y el tercero son lánguidos, y se repiten, en perjuicio de la estética teatral, las escenas entre el abuelo y las nietas, siempre con el mismo propósito: con el de averiguar cuál de las dos muchachas es el fruto de la unión legal.

Claro que esta preocupación del viejo está en él tan arraigada, que lo lleva al desvario, y que no pensando el de Albrit más que en averiguar el secreto de la deshonor de su nombre, la vida para él ha de ser una repetición; pero no es menos claro que el público no necesita de repeticiones para hacerse cargo de ciertos estados de alma.

Por otra parte, en las mentalidades modernas, la lucha interna que sostiene el viejo conde no interesan más que por su fin, y si, por la lectura de la novela, el público no hubiese sabido cuál había de ser aquel, nos hubiera parecido estéril el empeño del de Albrit, y poco teatral que, por averiguar cuál de las dos nietas era la hija del deshonor, se emplearan cinco actos.

Cuando el concepto del honor y de la honra era otro, podía parecer bien á las gentes que se emplease la mitad de una existencia en descubrir, á fuerza de penas mil, cuál de las dos hijas era la legítima para otorgarle la bendición y el cariño del jefe de la familia; pero á nosotros aquella lucha ha de parecernos pueril; y sólo por la hermosura del final, que, por otra parte, no es más que la presentación de un sentimiento formado ya en nuestras jóvenes generaciones y que echa por tierra el viejo concepto del honor y de la honra, estableciendo, en cambio, quizá inconscientemente, el principio moral de que los hijos del amor son los mejores, puede celebrarse *El abuelo*, cuyos primero y último actos son admirables.

El golpe es rudo para la nobleza, porque se le dice que los hijos espúreos, los hijos del adulterio, los hijos del deslíz, son los que aman y los que continúan la ascensión de la humanidad hacia el bien.

El pensamiento de *El abuelo* es admirable, y si estuviese expuesto en mejor estética teatral, la obra sería perfecta.

••

La representación de *El abuelo* fué excelente en conjunto y en detalle. Fernando Díaz de Mendoza supo dar á su personaje la fiera grandeza con que le concibiera el autor. Las señoritas Colorado y Suárez, en el desempeño del hermoso papel de nietas, fueron el encanto del espectador. El Sr. Carri, en Pío Coronado, puede escribir el estreno de *El abuelo* en el libro de sus mejores éxitos. La Sra. Cancio y los Sres. Cirera y Soriano Bionca perfectamente en sus papeles secundarios.

Los actores correspondieron á la grandiosidad estética del pensamiento que entraña el mejor drama de Galdós.

La dramaturgia de esta nuestra tierra cuenta con una joya más.

Ángel Cunillera

LA REVISTA BLANCA

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º Y 15 DE CADA MES.

Precios de suscripción... / Un año..... 5,00 ptas.
/ Un trimestre..... 1,50 —

Número suelto, **25** céntimos,

CON 25 POR 100 DE DESCUENTO A LOS CORRESPONSALES

ADMINISTRACION

Cristóbal Bordiú, núm. 1. MADRID

TIERRA Y LIBERTAD

DIARIO ANTIPOLITICO

Número suelto, **5** céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, **0,75** pesetas

REDACCION

Cristóbal Bordiú, núm. 1. MADRID